



MI CORAZÓN EN LAS
Highlands

SARAH RUSELL

MI CORAZÓN EN LAS
Highlands

SARAH RUSELL

Mi corazón en las Highlands

Sarah Rusell

Todos los derechos reservados.

1ª edición: noviembre 2020

Es una obra de ficción. Los nombres, los personajes y los sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epilogo](#)

Capítulo 1

Los nervios se apoderaron de mí cuando el taxi me dejó en la puerta de entrada a la finca del señor Athol.

Eran las diez de la noche de un frío viernes de septiembre. Traté de calmarme contando mentalmente, respirando hondo, necesitaba estar tranquila.

El conductor del taxi sacó las tres maletas que llevaba con todo lo que poseía hasta el momento, no había más, tampoco me hacía falta.

Todo cuanto había tenido lo perdí, o quise perderlo, puesto que aquí no iba a necesitar nada.

Lo único que podría haberme servido era la casa donde vivía, pero era de alquiler así que la dejé, no la echaría tanto de menos.

—Muchas gracias. Que pases un buen día —sonreí mientras asentía con la cabeza a modo de despedida.

—Mucha suerte en tu nueva vida en Inverness —levantó la mano antes de montarse en el coche.

Me había traído desde Edimburgo, le había contado por el camino que venía como interna para hacer de niñera de los hijos del señor de la casa, por eso me deseaba suerte, se le veía un buen hombre.

Llamé al timbre y unos minutos después salió a abrir un hombre de unos cincuenta años.

Era moreno, con alguna que otra cana salpicada discretamente, con una cálida mirada de ojos verde oscuro y alto, bastante alto.

—Buenos días, soy Cailen. Usted debe de ser Cinnia —se presentó mientras extendía la mano.

—Hola, sí, soy Cinnia —sonreí aceptando y estrechando su mano como una vez me dijo mi padre, mostrando fuerza y seguridad.

—Me verás siempre por aquí, soy el hombre de confianza de Athol y su mano derecha.

Asentí y le vi coger las dos maletas más grandes, me hizo un gesto para que pasara, cogí la otra y lo seguí hasta la casa.

El jardín delantero era una pasada, con un camino de piedras muy bonito y a los lados unos jardines, uno con un parque infantil de madera y el otro, un merendero con una gran mesa dentro, también de madera, que era una preciosidad.

—Dallis, ella es Cinnia —dijo a una mujer con un uniforme del servicio en color negro que pasaba por allí en ese momento.

—Hola, encantada —me sonrió haciendo un gesto para que la siguiéramos.

—Hola, igualmente —dije cuando ya se había girado y caminaba hacia el fondo del pasillo de la izquierda.

Al pasar vi un marco con una foto de la que supuse era Alis, la mujer de Athol. Era una preciosa mujer de cabello castaño y ojos marrones con la sonrisa más sincera que había visto nunca. Ella murió de leucemia hacía dos años dejando a sus dos hijos, con tan solo tres años, a cargo de su marido, esto lo supe por el amigo que me ayudó a conseguir este empleo.

—Esta es tu habitación —Dallis abrió una puerta y ambos me hicieron un gesto para que entrara, ella desde dentro y Cailen a mi lado. Él, entró tras de mí con las maletas, que puso a un lado.

—Buenas noches, Cinnia —se despidió Cailen.

—Como ves —dijo Dallis de nuevo—, tiene un pequeño aseo con ducha y las vistas a la parte trasera —miré y se veía otro precioso jardín de lo más cuidado, lleno de mesas de madera repartidas por la zona y una gran barbacoa de piedra además de un horno de leña, era una pasada.

—Gracias, Dallis.

—Cualquier cosa que necesites, solo me lo tienes que decir. En la mesita de noche tienes un *sándwich* con un vaso de caldo para cenar que Colina, la cocinera de la casa, te acaba de dejar cuando escuchó el timbre de la puerta —me hizo un guiño y salió cerrando, dejándome a solas en la que ya era mi nueva habitación.

Dallis parecía una buena mujer, tendría unos cuarenta y tantos años, era pelirroja, con los ojos verde claro y una sonrisa afable. Se la veía simpática, al igual que a Cailen, y esperaba que así fuera el resto del servicio.

El dormitorio tenía todos los muebles en madera de roble y estaba compuesto por una cómoda con cajones, dos mesitas de noche con una cama grande en medio y un armario empotrado en la pared de entrada. La ropa de cama y las cortinas eran blancas, igual que las paredes, dando algo más de amplitud a la estancia.

Comencé a guardar toda mi ropa, repartida entre el armario y los cajones de la cómoda donde dejé también algunos objetos personales, como la foto de mi padre fallecido un año antes tras no superar su batalla contra el cáncer.

Pasé la mano por esa foto, la última que quiso que le sacara ya que dijo que se veía bien, pero un par de meses después empezó a empeorar, no se encontraba con ánimo para más retratos y dijo que quería que le recordara así, con esa sonrisa y el brillo de vitalidad en los ojos. Se me escapó una lágrima que sequé rápidamente.

Tuvimos que vender la casa familiar para pagar esa primera parte de tratamiento, era apenas un piso pequeño en el que vivimos mis padres y yo desde que ellos se casaron, pero hubo que desprenderse de todos esos recuerdos.

A mi madre la habíamos perdido mucho tiempo atrás, así que no vio el sufrimiento por el que pasó el hombre al que tanto amaba.

Tras la venta de nuestro hogar mi padre y yo nos fuimos a un pequeño estudio de alquiler que encontramos muy económico y amueblado, no era nada del otro mundo, pero al menos salíamos adelante con el sueldo que yo ganaba trabajando en una guardería de lunes a sábado por las mañanas.

Incluso alguna que otra tarde hacía horas extras encargándome de los niños que tenían que quedarse si sus padres iban a retrasarse en sus trabajos.

Me comí el *sándwich* y me tomé el caldo, tenía un poco de hambre y me pareció que ese había sido todo un detalle por su parte, ya que allí cenaban más temprano, pero llegar y tener algo calentito que llevarme al estómago era de agradecer.

Las vistas desde mi ventana me gustaban, ese jardín trasero me daba mucha paz, no es que fueran unos terrenos grandes ni nada, debía tener en total unos mil metros delante de la casa y dos mil detrás, pero todo muy bonito y cuidado.

Dieron dos golpes en la puerta y fui a abrir. Allí me encontré con Athol, mi jefe. Sabía quién era por algunas fotos en las que le vi alguna vez, ya que solo había hablado con él por teléfono.

Alto, rubio, con unos increíbles ojos azules y que aún no llegaba a los cincuenta, por lo que sabía. Iba vestido con vaqueros, un jersey y deportivas.

—Hola, soy Athol —extendió su mano con una media sonrisa.

—Hola, encantada —dije dándole el mismo apretón de mano que a Cailen. Ante todo, que no me notaran con miedo, que esa era muy mala impresión en un primer día de trabajo.

—¿Todo bien? —preguntó echando un vistazo discretamente al dormitorio.

—Perfecto —sonreí.

—Pedí que te dejaran algo de cena rápida.

—Sí, ya lo tomé, gracias, es muy amable.

—Los niños están durmiendo, aunque querían quedarse despiertos para conocerte. Sobre las nueve estarán desayunando en el salón donde puedes hacerlo con ellos.

—Claro, allí estaré.

—Espero que tengas la paciencia que no tengo yo —apretó los dientes y frunció la cara.

—Por supuesto, no se preocupe por eso, me encantan los niños.

—A mí también y sobre todo ellos que son míos, pero es que a veces me desesperan con sus peleas y gritos —volteó los ojos.

—No se preocupe, ya verá cómo me manejo bien con ellos.

—Desde que murió su madre, todo ha sido una locura —dijo desviando la mirada.

—Lo entiendo.

Nos quedamos allí en silencio unos minutos, yo no sabía si darle las buenas noches, despedirme y

volver a cerrar mi habitación, o esperar a que lo hiciera él, pues tampoco quería quedar como una auténtica maleducada.

—¿Te apetece un té? —preguntó de pronto levantando ambas cejas.

—Claro —sonreí.

Salí de la habitación cerrando la puerta y lo seguí hasta la cocina, donde le vi desenvolverse muy bien mientras lo preparaba. Colina, la cocinera, ya estaba en su cuarto como era normal, así que entendí que él solía arreglárselas muy bien en momentos como este.

—Como ya te expliqué por teléfono, tu trabajo consistirá en encargarte de los niños desde por la mañana hasta por la noche. De lunes a viernes, van al colegio y los lleva Cailen, al igual que los recoge, eso sí, se los tienes que dejar listos antes —dijo mientras servía el té en las tazas.

—Por supuesto.

—Ellos comen en el comedor del colegio, así que el tiempo que no están lo tienes libre. Vuelven a las cinco de la tarde, justo para jugar un poco, ducharse, cenar y dormir.

—Vale, sin problema —sonreí.

—Yo me ausento de lunes a viernes de siete a tres, como te dije trabajo en el hospital de Inverness, estoy en cardiología.

—Sí, un trabajo muy bonito.

—Bueno, a mí me gusta y me relaja salir del bullicio de la casa —sonrió apoyándose en la encimera después de ponerme el té sobre la mesa. Me hizo un gesto para que me sentara y eso

hice.

—Veo que no tiene nada de paciencia con ellos —sonreí ampliamente, y él hizo lo mismo.

—Los adoro, de verdad, son lo que más quiero, pero me quitan la poca que tengo. Son muy buenos niños, pero son dos y entre ellos se ocasionan unas broncas tremendas por nada y en cualquier momento, me vuelven loco —sonreía negando mientras sujetaba su taza de té en la mano.

—No sé si le informaron, pero trabajé mucho tiempo en una guardería, y le aseguro que dos niños no son nada comparado con diez, doce o incluso a veces quince.

—¡Madre mía! A estas alturas yo ya estaría cubierto de canas —puso cara de auténtico terror y rompí a reír, tapándome la boca para no hacer mucho ruido.

—Tampoco exagere, además es cuestión de organizarse.

—Si me organizo, pero esos dos juntos son un terremoto. Ya me dirás dentro de un par de días si crees haber estado rodeada por diez o doce en vez de por dos.

—Seguro que no son tan malos como me los pinta —dije sonriendo.

—Pelean, discuten, se tiran cosas, pero también tienen sus momentos en los que conspiran juntos contra mí. Te lo aseguro, soy su padre y sé de qué hablo.

Miré mi taza y pensé en esos dos pequeños, la verdad es que me los estaba pintando de lo más malos y traviosos, pero seguro que no lo eran.

—Son mellizos, como te dije por teléfono. Bean es el niño y Betha la niña. Cuando los veas quizás te sorprendas un poco —dijo, poniendo cara de niño travieso.

—¿A qué se refiere? —pregunté, porque aún no había visto ninguna foto de ellos por la casa.

—Digamos que... son mellizos, pero no tan idénticos.

—Pues imagino que se parecerán a sus padres, o bien a usted, o a su esposa Alis, o una mezcla de ambos.

—Ya los verás mañana, ya.

Athol se giró para lavar su taza, dejándola después sobre un paño en el que había otro vaso.

—Buenas noches, Cinnia, que descanses y, bienvenida a la casa.

Con una sonrisa salió de la cocina y yo me quedé ahí, sentada, sola y rodeada de silencio, terminando mi taza de té.

Athol era guapo, muy atractivo me atrevería a decir, además de divertido y gracioso. ¿Y esa cara de pillín que había puesto al hablar de los niños? Sonreí recordándola, e incluso me escuché suspirar.

Me terminé el té, lavé mi taza como había hecho él y en vez de dejarla con el resto, lo sequé todo y lo guardé en el mueble de la cocina de donde Athol las había sacado.

Fui a mi habitación, me puse el pijama y entré en la cama con muchas más ganas de las que ya tenía antes de conocer a Bean y Betha.

Capítulo 2

Me desperté escuchando el revuelo de los niños en el pasillo pidiendo su desayuno, me duché rápidamente y salí para el salón.

—Buenos días —saludé sonriendo, mirándolos mientras entraba en la estancia.

—Buenos días —respondieron de forma sincronizada y riendo algo cortados.

Colina me saludo y se presentó, dándome un beso, me pareció una mujer muy amable. Tenía que rondar los cincuenta años, era bajita, algo regordeta, morena y con una dulce y maternal mirada de ojos marrones. Me dijo que me sentara con los peques, que me serviría un café, zumo y tostadas, le di las gracias.

—Vaya dos preciosidades hay en esta mesa. Así que tú eres Bean —miré al pequeño—, y tú Betha —sonreí mirando a la pequeña.

—¡Sí! —respondió Betha.

—Y tú eres Cinnia —dijo Bean, riendo.

—Efectivamente, yo soy Cinnia —sonreí—, y espero que nos llevemos bien —puse cara de miedo y se echaron a reír.

Los miraba y se me caía el mundo a los pies, me daban ganas de abrazarlos, comérmelos a besos, eran dos preciosidades llenas de vida

y no pude más que recordar lo que me había dicho Athol la noche anterior. Me sorprendí un poquito al verlos puesto que Bean era igualito que su padre, rubio con los ojos azules, mientras

que Betha, tenía el cabello pelirrojo tirando a anaranjado y los ojos verdes.

Colina apareció con mi desayuno y no tardó en llegar Athol, que se sentó con nosotros después de darle un beso a cada uno y frotarles de modo cariñoso la cabeza.

—¿Cómo se están portando estos dos gamberros? —me preguntó haciéndome un guiño.

—Como dos angelitos caídos del cielo —contesté y los niños se echaron a reír.

—No me lo creo, ¿dos angelitos estos diablillos? Te han engañado —decía él, a modo de broma.

—No, no me han engañado, ellos son muy buenos.

—Verás cuando comiencen a pelear —carraspeó mirándolos mientras los niños sonreían escuchándonos y tomando su leche.

—Todos hemos peleado de niños —reí mirándolos—, pero ellos, poco a poco, se pelearán menos, ¿verdad?

—No —respondió riendo Bean, causándome una risa y el padre volteó los ojos mientras Betha nos miraba sonriendo.

—Te lo he dicho, de angelitos nada.

—Bueno, son niños —respondí con un gesto de riña mientras Colina aparecía con el desayuno de Athol.

—Ya te veo en mi contra por culpa de ellos —bromeo poniendo un gesto de seriedad y Betha reía

a carcajadas.

—Usted se las verá conmigo si no se porta bien con los niños —respondí a la broma de la misma forma.

—Está bien, está bien... —Levantó las manos como dándose por vencido.

—Así me gusta —ladeé la cabeza ocasionándole una risa a Athol.

—Papá —dijo la niña con esa vocecita tan dulce—, hoy es sábado, te lo recuerdo, porque nos prometiste una cosa.

—Es verdad, cariño —contestó a Betha—. Hoy vamos a ir a comprar algo para cada uno a la tienda de juguetes y luego comeremos esas hamburguesas en el restaurante que tanto os gusta, así las probará Cinnia.

Miré a Athol y me guiñó un ojo. Se suponía que yo me encargaba de cuidarlos de lunes a viernes, los fines de semana era él quien debía disfrutarlos, así que me sorprendió que me incluyera en aquella salida, por lo que deduje que era para que los niños tuvieran esa primera toma de contacto conmigo.

—¡Me encantan las hamburguesas! —Aplaudí emocionada para ponerme a la altura de los peques.

—Pues yo soy el que me la como más rápido —contestó Bean.

—Lo mismo te gano —le respondí haciéndome la interesante.

—No, yo soy el más rápido —me sacó la lengua de modo gracioso.

Tras ese momento desayuno en el que nos reímos un montón, fui a preparar a los niños para salir por la ciudad con ellos y Athol. Me encantaba ese planazo.

Betha tenía su propia personalidad a la hora de vestir, pese a sus cinco años tenía claro cómo hacerlo, y no dudó ni un momento en escoger una falda vaquera de lo más mona, con unos leotardos a rayas moradas y blancas que hacían juego con el jersey. Sin embargo, no pasaba lo mismo con Bean, a él le daba igual la ropa y le escogí un pantalón de pana con una camiseta de manga larga y una sudadera.

—¿Os ayudo a vestiros? —les pregunté, pero ambos negaron riendo y es que para ser tan pequeños eran bastante independientes.

En lo único que necesitaron ayuda fue con los cordones de las botas, les dije que esta vez se las ataba yo, para no hacer esperar mucho a su padre, pero que el próximo día les enseñaría del mismo modo que había enseñado a los niños en la guardería.

—¿Trabajabas en un colegio? —me preguntó Bean, cuando terminaba con sus botas.

—Bueno, algo así. La guardería es una especie de cole donde los papás que trabajan dejan a sus hijos. Allí son más pequeños que vosotros —contesté.

—¿Y estabas con muchos niños? —preguntó Betha.

—Sí, había muchos.

—Bueno, ahora estarás con nosotros —dijo mi pequeña de ojos verdes.

—Cierto, ahora solo estaré con vosotros.

Estaban preciosos mis niños, más guapos e iban para modelos, me encantaba verlos reír e ilusionarse con ese paseo que íbamos a dar por Inverness.

Les puse los abrigos y salimos hacia el jardín delantero a esperar a Athol, no tardaron en subirse a esos columpios y toboganes de madera que había a modo de parque a un lado.

Dallis apareció a saludarme y muy amablemente me preguntó qué tal había dormido y si necesitaba algo más en mi habitación. Le dije que todo estaba perfecto, pero que si me podía poner una almohada más se lo agradecería, ya que tenía la manía de dormir abrazada a una, me dijo que le pasaba lo mismo, nos reímos por ese hecho y me comentó que me dejaría una más en la cama.

Ni tres minutos hacía que estaba hablando con Dallis y ya se originó la primera pelea entre los pequeños por tirarse uno más veces que el otro del tobogán, pero lo solucioné rápidamente. Les dije que siguieran peleando, que mientras me tiraría yo varias veces, al final se echaron a reír de verme subir y bajar del tobogán, menos mal que debajo había tierra como de playa, pues no veas cómo se caía en picado por ahí, menudo peligro. Unos expertos ellos, mucho más que yo, dónde va a parar.

Athol apareció en un momento que iba deslizándome por él y se puso la mano en la cara riéndose mientras negaba.

—Todo tiene una explicación, jefe —dije poniéndome bien el abrigo—. Estaba habiendo una mini bronca entre ellos por el turno de tirarse, entonces aproveché su discusión para disfrutar yo del tobogán —me encogí de hombros causándole una carcajada.

—Muy bien pensado —afirmaba varias veces con la cabeza.

—Empezó Bean —dijo Betha, frunciendo el ceño en un gesto de lo más gracioso.

—¡No, fuiste tú! —gritó su hermano.

Ya se estaban los dos volviendo a enganchar y me metí por medio, les cogí de una mano a cada uno y le hice un gesto a Athol para que saliéramos por la puerta.

Nos fuimos andando al centro de la ciudad, Betha iba dando saltitos agarrada de mi mano, el pequeño iba al lado de su padre que lo llevaba por el hombro.

Durante el camino íbamos cantando algunas canciones con las que solía entretener a los niños de la guardería y ellos reían al ver mis caras.

Cualquiera que no me conociera pensaría que era un poco payasa, pero es que cuando estaba con niños me volvía casi, casi, como ellos. Mi padre disfrutaba viéndome en la guardería, decía que algún día sería una gran madre.

En esos momentos me sentía la mujer más afortunada del mundo, ellos no tenían ni idea de por todo lo que yo había tenido que pasar hasta llegar aquí, a este lugar que me iba a dar la paz que necesitaba y me iba a llenar de todo aquello que me faltaba y donde iba a cuidar a esos niños como nadie lo haría. Y es que para mí eran mi mundo, la felicidad a todo lo que sufrí y tuve que pasar, era como un gotero a todos los dolores que había tenido que aguantar los últimos años de mi vida, una vida que no había sido nada fácil, esa que se volvió gris y oscura el día que tuve que tomar la decisión más difícil de todas.

Pasamos por un parque y los dos salieron corriendo hacia los columpios, se sentaron cada uno en una de esas sillas y nos miraron con los ojos que pone el gato de *Shrek*, parecían dos cachorros, por favor qué graciosos.

—Papi, ¿nos empujas un poquito? —preguntó Betha, que debía ser la que hacía las peticiones, dado que lo más probable es que Athol sintiera debilidad por esa princesa.

—Pero un poquito, después vamos a la juguetería y a comer.

—Sí, sí —contestó ella.

Athol fue hacia ellos y yo le seguí, me quedé a un lado y vi cómo empujaba a cada uno con una mano, mientras ellos pedían ir un poco más alto, pero él decía que no, que esa altura era perfecta.

Sonreí al ver la preciosa estampa que tenía delante, mis niños riendo mientras subían y bajaban una y otra vez.

—Papá, vamos al balancín —le pidió Bean.

El balancín para ellos era algo peligroso, la verdad, porque la barra de hierro que unía ambos asientos era bastante larga, y si uno de los niños caía se haría daño por muy rápido que quisiera reaccionar Athol y cogerle.

—Sí, vamos —dijo Betha—, que hoy está Cinnia con nosotros y podemos subirnos los cuatro.

—¡Sí! Papá yo contigo y Betha con Cinnia, venga, vamos.

—Porfi —Betha puso un puchero y tuve que contenerme para no reír a carcajadas. ¡Anda que no sabía esa niña cómo convencer a su padre!

—Está bien, pero solo un ratito, que al final comeremos para la hora de la merienda.

Y allá que fuimos los cuatro, al balancín en el que tras sentarme con Betha en ese asiento, empezamos a subir despacio cuando Athol se sentó con Bean.

Cualquiera que nos viera se reiría, y no era para menos porque mientras que Athol y yo nos hacíamos subir, ellos reían y decían que tenían un pajarito revoloteando en la tripita.

Me hizo gracia que a la sensación de vértigo al subir y bajar la compararan con un pájaro.

Dejamos el parque después de unas risas y fuimos a la tienda de juguetes donde ni uno, ni otra se decidían por lo que querían.

Betha se puso como veinte coronas diferentes, diciendo que era la princesa de la casa, mientras que Bean cogió un casco de bombero y se lo puso.

—De mayor voy a ser bombero —decía mi niño todo convencido.

—Lo que hay que escuchar, generaciones de médicos en mi familia para que mi hijo diga que quiere ser bombero —se quejaba Athol.

—Papá, los médicos están en el hospital metidos todo el tiempo, los bomberos van en el camión con la sirena puesta. “Meck meeeek. Nino, niño, nino” —empecé a reír al ver a ese pequeño diablillo de ojos como el cielo corriendo por la tienda, con el casco de bombero y simulando el sonido de la sirena.

Betha me miraba aguantando la risa, hasta que la vi llevarse el índice de la mano derecha a la sien y frotarlo dándome a entender que su hermano estaba algo loco.

Reí aún más al verla y ella empezó a hacerlo también, la cogí en brazos y la llevé a ver algunos juguetes.

Me quedé parada al ver una muñeca de trapo que me recordó a la que yo tuve de pequeña.

—Qué bonita es —dijo ella cogiéndola.

—Sí, mucho. Yo tuve una parecida.

—¿Sí?

—Sí, me la regaló mi mamá cuando era pequeña.

—Pues quiero esta. Además, mira, ¡va de morado como yo! —gritó entusiasmada.

No pude evitarlo y le di un beso en la mejilla que ella no tardó en devolverme, sonreí y sentí un nudo en la garganta. La dejé en el suelo y la vi salir corriendo hacia su padre, que al verla con la muñeca y saber que la había escogido por lo que le había contado, me miró y sonrió.

Sentí una lágrima caer y me giré para secarla, no quería que me viera llorar, nadie en esa casa debía verme llorando.

Bean cogió un helicóptero teledirigido y le pidió a Athol que le dejara hacerlo volar en el parque después de comer, así que le prometió que así lo haría si ahora se portaba bien y se comía toda la hamburguesa.

Entramos en el restaurante donde el dueño saludó a los pequeños de una manera cariñosa y nos llevó a una de las mesas.

—¿Lo de siempre, chicos? —les preguntó y ellos asintieron.

—Erick, trae la misma para los cuatro, con muchas patatas, ketchup y refrescos —le pidió Athol.

—Ahora mismo. Os traigo unos *fingers* de queso mientras esperáis, ¿os parece bien?

—Perfecto —contestó Athol.

Los niños empezaron a colorear el dibujo que había en sus manteles, y es que ese sitio estaba bien planificado, era un restaurante para familias de lo mejor que había visto en mi vida.

Tenía una zona de juegos donde había una gran piscina de bolas, un castillo de esos con toboganes

y cuerdas, además de unas cuantas camas elásticas.

No me extrañaba que tanto a Athol, como a los niños les gustara venir aquí, ellos jugarían hasta la saciedad y por la noche caerían rendidos. ¡No sabía el padre nada! ¡Me había salido listo el jefe!

Cuando Erick trajo las hamburguesas, Bean me miró y vi que tenía la misma cara de pillín que su padre, miedo me dio preguntar, pero al final lo hice.

—¿Por qué me miras, Bean?

—Porque... te voy a ganar —contestó dando el primer bocado.

Athol empezó a reír y Betha hizo un gesto con la mano como de que ya estaba su hermano con las locuras de siempre.

Di el primer bocado a mi hamburguesa y vi que Bean, paraba a beber y descansar de vez en cuando.

Comí más lenta de lo normal, pues tampoco quería que se me ahogara el niño por ganarme, así que al final cuando a mí me quedaba aún un cuarto de hamburguesa, él levantó las manos dando saltitos en la silla.

¡He ganado! —dijo y yo hice un puchero.

—Vaya, sí que eres rápido, sí.

Cuando acabamos, los niños se fueron a la zona de juegos mientras Athol y yo nos tomábamos un café.

Estaba muy pendiente de sus hijos, siempre daba una mirada rápida hacia ellos y volvía a hablar conmigo.

Un rato después volvimos al parque donde ambos probaron el helicóptero teledirigido y Betha y yo, estuvimos en los columpios.

Cuando empezó a caer el sol regresamos a casa, se había hecho algo tarde, pero vi a Athol disfrutando tanto con su pequeño clon, que no quise interrumpirlos diciéndoles que deberíamos volver a casa, fue él quien dijo que era hora de volver.

—¿Qué tal lo han pasado mis diablillos? —preguntó Colina, cuando entramos en el salón para cenar.

—Muy bien —contestaron a la vez, y me reí porque lo hacían de una manera tan sincronizada, que parecía que hubieran ensayado.

Tras la cena me encargué de bañarlos y acostarlos, cuando ambos me dieron un beso en la mejilla acompañado de un abrazo, sentí una felicidad inmensa.

Les había caído bien, al menos, así que ya podía desempeñar mi trabajo en esa casa con muchas más ganas y alegría.

—Te adoran.

—¡Por Dios, qué susto! —grité, con la mano en el pecho, cuando cerré la puerta del dormitorio de los niños.

—Lo siento —me dijo Athol y al verle tenía esa media sonrisa que ya empezaba a conocer—. No quería asustarte.

—Jefe, que, si se quiere quedar sin niñera tan pronto, usted lo dice y me voy, pero no me mate de un infarto —le regañé, aún con la mano en el pecho.

—No, mujer, sin niñera no quiero quedarme, ahora que he dado con la adecuada para ellos. No hay más que ver cómo actúan cuando están contigo. Desde luego que los controlas mejor que yo.

—No será para tanto...

—Te aseguro que sí. Buenas noches, Cinnia, que descanses.

—Buenas noches.

Le vi ir hacia su dormitorio y yo me fui al mío, estaba bastante cansada después del día que habíamos tenido, pero había valido la pena por cada segundo de ese sábado de septiembre que disfruté con esos niños.

Capítulo 3

Me desperté volviendo a escuchar a esos pequeños discutir en el salón, así que de nuevo ducha rápida y me fui con ellos a desayunar.

—¿Qué pasa aquí? ¿Me tengo que poner seria? —pregunté entrando mientras carraspeaba.

—Es Bean, que me ha dicho que soy tonta, fea y gorda —me contó Betha, con la carita roja y llena de lágrimas.

—¡Bean! —le regañé— No digas eso a tu hermana ni a nadie, de todas formas, ella no está ni un poco gordita y si lo estuviera, no tienes porqué insultar para hacer daño, además es muy guapa, los dos lo sois, cariño.

—¿Y lo de tonta? —preguntó Bean por si algo colaba y me tuve que aguantar para no reír.

—Tontos son los que dicen tonterías, así que mejor no las digas —le hice un gesto de advertencia, pero a modo de broma.

—Él se cree muy guapo, muy listo y el mejor —decía Betha sollozando.

Me acerqué a ella y le sequé las lágrimas para después darle un beso en la frente.

—Bueno, desayunemos en paz que hoy lo vamos a pasar genial —aplaudí emocionada mientras sonreía a Colina, que ponía mi desayuno y el de Athol, que no tardó en aparecer, en la mesa.

El padre entró por el salón mirándome, aguantando la risa, algo había escuchado seguro y yo volteé los ojos sonriendo.

—Colina —se dirigió a la cocinera que estaba aún poniendo cosas sobre la mesa— ¿Puedes prepararnos un picnic para llevarnos al lago?

—Claro —contestó ella con una amplia sonrisa.

—Papi, ¿nos vamos al lago? —preguntó la pequeña que, aunque había dejado de llorar, seguía roja como un tomate.

—Sí, así correteáis un poco por allí. ¿Te apetece? —preguntó mirándome.

—Claro —sonreí feliz.

Y tanto que me apetecía, quería pasar el máximo tiempo posible con mis dos niños, esos que sacaban lo mejor de mí y es que me habían devuelto la vida.

Athol me miraba cada vez que comentaba algo, buscaba mi complicidad y por supuesto la tenía, me gustaba ser partícipe de esos momentos tan familiares que se sucedían entre nosotros.

Betha no dejaba de poner cosas en el plato del hermano cuando no miraba y este cada vez se estaba encendiendo más, desde luego que mi niña era muy sentida, pero se la veía rencorosa. El padre tuvo que reñirla para que parara y esta me miraba a mí aguantando la risa. ¡Vaya dos torbellinos tan llenos de vida!

Ni dos minutos y volvió a ponerle otro trozo de bollo en el plato y Bean, reaccionó dándole una torta en la cabeza y ella un buen guantazo en la cara a él. En un momento se lio la de Dios, el padre se puso a separarlos y yo a regañarles junto a él. Les dimos una charla diciéndoles que jamás se debe llegar a las manos, pero estaban demasiado enfurecidos y es que se buscaban mucho el uno al otro.

—¿Ves cómo es normal que no tenga paciencia? —me dijo Athol resoplando.

—Son cosas de niños, pero no lo van a hacer más, o no les daré un regalo que tengo pensado hacerles en breve —me encogí de hombros.

—No, ahora no les deberías de hacer ningún regalo hasta que pase por lo menos un mes —dijo enfadado mirándolos—. Se portan muy mal y parece que tienen dos años.

—Es por culpa de Betha —protestó el niño.

—Y tuya, Bean, la buscas mucho y le dices cosas feas —le dijo el padre.

—Pues ella se lo busca —dijo por lo bajo y se encogió de hombros.

—¡Callaos ya, u os quedáis sin lago! —Athol estaba enfadado y con razón.

Yo escuchaba callada y aguantando la risa, no me hacía gracia que se pegaran, pero sí la situación. A esa edad todos nos hemos comportado de esa manera, lo que pasa que visto desde la parte de adulto como que no se podía permitir ese tipo de conductas y había que frenarlas.

Terminaron de desayunar callados, no querían quedarse sin ir al lago, así que viendo la cara de su padre lo mejor era que no dijeran, “ni esta boca es mía”.

A mí sí me miraba sin que ellos lo vieran haciendo algún guiño o aguantando la risa, es verdad que no tenía mucha paciencia con los niños, pero se le veía un buen padre que los quería y adoraba mucho.

Tras el desayuno me los llevé a poner un chándal a cada uno para que corretearan cómodos por el lago. Ella, por supuesto, escogió el que quería y al pequeño le dio igual, se puso el que yo le di.

—Cinnia, ¿nos enseñas a atar los cordones? —me pidió Beth, sonreí y asentí.

—A ver, sentaos los dos juntos y lo hacemos.

Empecé con ella, cogiendo los cordones y comencé con la canción del conejito.

—Había una vez un árbol en el bosque —dije haciendo el primer lazo ante la mirada de ambos—. Un día un conejito dio la vuelta alrededor de él —seguí mientras rodeaba el lazo con el otro cordón—. Encontró una madriguera y se metió sin dudar —metí el cordón por debajo del lazo—. Pero como era pequeñito necesitó ayuda y por eso tiró, tiró y tiró —terminé mientras tiraba para apretar el nudo.

Me miraron como diciendo que no iban a poder solos, así que fui a coger los cordones de la zapatilla de Bean y volví a hacerlo.

—Ahora, vosotros con la que os queda sin atar —les dije cogiendo una de las que había en el armario para que lo hicieran al mismo tiempo que yo.

—¡Me ha salido! —gritó Bean.

—¡Y a mí! —Escuché a Betha.

No les había quedado perfecto, pero para ser el primero que se ataban solos, bastante bien estaba. El problema eran las orejas de los conejitos en cuestión, que tenían una más grande que otra y si la pisaban podían acabar cayendo de morros contra el suelo, y no estaba el domingo como para ir de urgencias al dentista.

Los mandé a esperarme fuera sin que se pelearan, quietecitos para no enfadar a su padre, ya que se

jugaban el que no fueran al lago.

—Si Bean no me hace nada, yo tampoco —decía Betha saliendo de la habitación y encogiéndose de hombros.

—Si tú no te lo buscas, no te haré nada —Bean le sacó la lengua y volví a ponerme seria.

—Niños, no quiero enfadarme —les señalé con el dedo.

Vi cómo se iban hacia la entrada a la casa y fui a mi habitación a ponerme unas mallas, una camiseta, mi sudadera y las deportivas blancas que aún ni había estrenado y que me había comprado en Edimburgo, antes de venir a trabajar aquí.

Salí afuera y estuve haciendo un poco de tiempo con los niños hasta que apareciera Athol, ahora estaban más calmados y se reían jugando en el parque de madera, ese lugar en el que por lo visto pasaban mucho tiempo.

Los miraba emocionada pues me parecían dos angelitos a pesar de sus diferencias, pero a mí me enamoraban el alma con cada gesto, palabra o cualquier cosa que hicieran, eran aquello que me hacía feliz.

Colina apareció sonriente cargando con una cesta de mimbre con todo preparado para que nos lleváramos, lo puso en el coche de Athol, pues iríamos en él a esa zona del lago que decía que era espectacular y donde pasaríamos una buena parte del día.

—Los tienes controlados, por lo que veo —me dijo Colina, señalando a los niños.

—Y que se salgan de la línea, que no van al lago —contesté.

—Lo sé, su padre es muy cabezón en cuanto impone un castigo.

Un rato después apareció él, guapísimo con un chándal gris claro en el que se dejaba entrever una camiseta blanca debajo, y es que ese hombre tenía muy buen gusto y un porte espectacular.

Nos montamos en el coche y los niños iban detrás hablando sobre lo que iban a hacer cuando llegaran, ya estaban organizando los turnos para jugar al, pilla pilla y discutiendo quién la llevaría primero, ni para eso se ponían de acuerdo, miedo me daban. Pero me encantaba escucharlos mientras el padre me miraba de reojo haciendo caras por la disputa que se traían los dos detrás. Solo discutían y negociaban, no estaban peleando, pero el señor de la poca paciencia ya resoplaba poniendo caritas.

Aparcamos en un lugar tranquilo y bajamos la cesta, extendimos un mantel gigante sobre el suelo y la pusimos ahí, los niños no tardaron en irse a corretear.

Aquel lugar era precioso y transmitía mucha paz, la que yo necesitaba en estos momentos de mi vida.

—¿Quieres una copa de vino? —me preguntó Athol.

—Gracias, pero no. Prefiero estar despejada, por los niños, ya sabe.

—De acuerdo.

Me quedé mirando a los pequeños corretear, huyendo el uno de la otra y viceversa, parecía que al final sí que habían llegado a un acuerdo y llevaban bastante bien lo de los turnos para jugar.

—Voy con ellos —miré a Athol que ya estaba de pie y me tendió la mano— ¿Vienes?

Sonreí porque, claro que quería ir, estaba deseando compartir uno de esos momentos de juegos con ellos, pero negué.

—Ve tú, yo puedo jugar con ellos cualquier tarde en la casa.

Athol dejó caer el brazo y asintió, no supe cómo interpretar ese gesto, pero tampoco lo pensé demasiado.

Le vi correr hacia ellos y gritarles que ahora la llevaba él y al que pillara primero, que se preparara.

Ellos empezaron a correr mientras gritaban, iban juntos hasta que veían a Athol acercarse y era en ese momento cuando cada uno salía hacia un lado de modo que dejaban su padre ahí parado y mirando para decidir a qué niño ir a coger primero.

Yo sonreía y lloraba en silencio mientras los veía, me recordaba a los años de mi infancia en los que mi padre corría tras de mí por el parque. Supe que Athol me había visto llorar porque frunció el ceño, así que me sequé las lágrimas y cuando vi que venía hacia mí, puse el móvil en silencio tras sacarlo del bolsillo y me levanté fingiendo que tenía una llamada.

Me alejé lo suficiente para que no pudiera escucharme puesto que estaba apoyada en un árbol y no hacía el menor ruido, tan solo movía la boca como si hablara.

De locos, lo sé, pero no quería explicarle los motivos por los que lloraba.

—¿Estás bien? —preguntó cuando regresé, algo más calmada.

—Sí, perfectamente.

Los niños vinieron en cuanto los llamé y serví la comida que había preparado Colina.

Había pan, queso, carne, patatas, fruta y un pastel de chocolate.

—No falta nada —dije sonriendo.

—Sí, así es Colina, nos malcría demasiado a todos.

—Bueno, tendré que procurar no comer muchos de sus pasteles, porque tienen una pinta...

—Los pasteles de Colina están buenísimos —dijo Bean.

—A mí me encanta el que hace con chocolate relleno de nueces —me contó Betha.

—Sí, a esta señorita le encantan las nueces —corroboró Athol.

—A mí también, pero las almendras me dan alergia —dije.

—Yo también tengo alergia a las almendras —me informó Bean.

—Es bueno saberlo, así no meto la pata dándote un día una —contesté guiñándole el ojo.

Terminamos de comer y fuimos a dar un paseo por la zona. Betha iba de mi mano mientras que Bean, era mucho más independiente y caminaba delante de nosotros.

La niña me iba contando algunas cosas de las veces que habían estado allí con su padre y es que Athol, procuraba llevarles al menos cada dos semanas para que corrieran por un lugar diferente a la casa.

Tras el paseo regresamos al coche y paramos a por unas hamburguesas, ya que a los niños se les habían antojado para cenar.

Cuando llegamos a casa Colina se encargó de prepararlo todo mientras Athol me ayudaba con el

baño de los peques antes de la cena para tardar menos.

De postre tomamos un pedazo de pastel de chocolate que había sobrado, y en cuanto llegó la hora de dormir, Bean y Betha se despidieron de su padre y los llevé a la cama.

—Buenas noches, Cinnia, que descanses y tengas dulces sueños —me dijo Betha antes de darme un beso de buenas noches y un abrazo que me llegó al alma.

—Buenas noches, princesita.

—¿Ves, Bean? Soy una princesita.

—¡Oye! No empieces a chingar a tu hermano, ¿eh? —la regañé y ella empezó a reír.

—Buenas noches, princesita —le contestó Bean con retintín.

—Bean... —protesté.

—No la voy a pedir perdón —me dijo desde la cama, negando y con esa mirada de “ni de broma, que lo sepas”, que ya me conocía bien.

—No te enfades con ella, eres su hermano mayor y tienes que cuidarla. Porque eres el mayor, ¿verdad? —pregunté y él asintió.

—Nací diez minutos antes —contestó levantando ambas manos para mostrarle los dedos.

—Entonces ya sabes, a cuidar de nuestra princesita. Buenas noches, mi rey —le dije guiñándole un ojo y él sonrió.

—¿Rey es más que princesita? —preguntó en un susurro y yo solo asentí— ¡Toma! —volvió a susurrar mientras hacía un gesto con el brazo en señal de victoria y después miraba a Betha, que ya estaba dormida— Buenas noches, Cinnia.

Me abrazó con tanta fuerza que creí que me quedaba sin aire, le di un beso en la frente y me despedí de él hasta el día siguiente.

Cuando salí vi a Athol en la puerta, le di las buenas noches y me fui a mi habitación.

Estaba agotada, igual que el día anterior, pero feliz como nunca antes.

Tras ponerme el pijama y mirar unos instantes la foto de mi padre, me metí en la cama, cerré los ojos y dejé que el cansancio hiciera su labor y el sueño me llevara a ese lugar donde todo lo que deseara podría hacerse realidad.

Capítulo 4

Me levanté sabiendo que empezaba oficialmente mi primer día de trabajo. Tras una ducha y haberme vestido, salí hacia la habitación de los mellizos para prepararlos para ir al cole.

Había descansado bien, pero me notaba algo rara, lo achaqué al fin de semana de aventura que tuvimos los cuatro.

—Buenos días —dije entrando a la habitación para que me oyeran los pequeños.

Me acerqué a la cama de Bean y empezó a desperezarse en cuando le zarandé un poquito, me dio un beso de buenos días y se levantó para ir a asearse al cuarto de baño.

—Buenos días, princesita —susurré llamando a Betha, que abrió los ojos y me miró sonriendo y somnolienta.

—Buenos días, Cinnia.

—Venga, hora de prepararse para ir al cole.

Hizo como su hermano, se levantó y fue al baño mientras yo les preparaba el uniforme.

Cuando salieron y acabaron de vestirse Betha me entregó el cepillo para que la peinara.

—¿Me haces una trenza como la tuya? —me pidió, y es que yo solía hacerme trenzas o coletas para estar más cómoda en el trabajo.

—Siéntate que te la hago en un momento.

Bean resopló, pero en cuanto le miré frunció los labios como diciendo que él no había sido y empezó a silbar. ¿Era o no era listo mi niño? Más que los ratones, sabía ese diablillo.

Acabé de peinar a Betha y fuimos todos al salón donde Colina nos esperaba con los desayunos en la mesa. También estaba Cailen, que tomaba un café mientras leía el periódico.

—Buenos días —saludé y el moreno, a quien no había visto en todo el fin de semana, sonrió guiñándome un ojo, cosa que hizo que me sonrojara, ya ves qué tontería.

—Buenos días. ¿Qué tal con los monstruitos? —preguntó con una amplia sonrisa.

—¡Que no somos monstruitos! —protestó Bean.

—¡Vaya que no! ¿Le habéis contado a Cinnia lo que hicisteis en el coche el otro día volviendo del colegio? —Cailen dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa mientras miraba a los niños.

—¿Qué hicieron? —le pregunté yo.

—Así que no habéis contado vuestra travesura, ya veo. Imagino que a vuestro padre tampoco.

—¡Ay, Dios! ¿Qué hicieron? —volví a preguntar, esta vez asustada porque cualquier cosa me podía esperar.

—Les dio por cortar papelitos durante el camino y lanzarlos como si fuera confeti por todo el coche. Pasé la aspiradora en cuanto llegamos, pero esta mañana me encontré algunos de esos papelitos todavía —me contó Cailen.

—Niños, eso no se hace —les regañé.

—Es que nos enseñó la profe a hacer el confeti y queríamos probar para darle una sorpresa a papá —me dijo Betha.

—Sí, sí, una sorpresa a vuestro padre, no a mí en el coche. Por cierto, sé que la idea fue de Bean, que es el más revoltoso.

Reí por la mirada que el niño le lanzó a Cailen, esa con el ceño fruncido que le hacía parecer aún más malo de lo que era.

Desayuné y empecé a sentirme peor de cómo me había levantado, pero procuré que los niños no me lo notaran.

Cuando acabaron de desayunar, me dieron un beso y un abrazo y cogieron sus pequeñas mochilas y una bolsita donde Colina, les había metido un zumo y un *sándwich* de pavo para el almuerzo.

Cailen se los llevó al cole y yo me senté en la silla porque noté que me mareaba.

—¿Estás bien, criatura? —me preguntó Colina, algo asustada.

—No, no me encuentro nada bien —contesté y noté que empezara a tiritar.

—Espera, que le digo a Bors que te acompañe a la habitación. Métete en la cama que no tienes que ocuparte de nada ahora, ¿de acuerdo?

—¿Quién es Bors? —pregunté viéndola salir casi corriendo del salón.

—¡El jardinero! —me gritó desde el pasillo.

Poco después regresó con un chico joven, más o menos de mi edad, pelirrojo, de ojos azules y casi tan alto como Athol y Cailen.

—Hola, soy Bors, encantado —me saludó.

—Cinnia, igualmente —contesté.

—Vamos, acompáñala a la habitación, anda hijo —le pidió Colina.

Y eso hizo el chico, cogirme por la cintura para ayudarme a caminar, sujetándome, ya que a mí se me movía toda la casa.

Cuando me dejó sentada en la cama salió, cerró la puerta y me quité las deportivas para meterme en la cama, ni me molesté en cambiarme de ropa, me encontraba fatal.

Ni cuenta me había dado que acabé quedándome dormida hasta que me despertó Colina, para que me tomara un caldo caliente.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Mal —contesté tiritando.

Me tocó la frente y se asustó, y es que a pesar de las tiritonas me notaba muy caliente y para colmo, me dolía hasta el estómago.

Me ayudó a tomarme el caldo y a cambiarme de ropa, me puse el pijama y volví a meterme en la cama, notando que Colina me echaba una manta más por encima.

—Cinnia —escuchaba que me llamaban, pero no tenía fuerza ni para abrir los ojos—. Cinnia, tengo que auscultarte.

Esa voz seguía hablando en susurros, abrí los ojos y vi a Athol que me sonreía.

—Hola, preciosa —saludó tocándome la frente—. Me ha dicho Colina que no te sentías bien y por lo que veo sigues con fiebre alta.

—Tengo frío —murmuré sin dejar de tiritar—. Y me duele el estómago.

—Solo has desayunado y tomado un caldo, al menos no lo has vomitado, ¿verdad? —preguntó y yo negué— Eso está bien. incorpórate un poco para que pueda revisarte.

Athol retiró la ropa de cama y me estremecí al sentir el frío de fuera de esas cobijas, me ayudó a sentarme pegada al cabecero de la cama y le vi sacar el estetoscopio y colocárselo.

—Súbete la camiseta, por favor —me pidió, y sentí que me sonrojaba por completo.

Al menos llevaba un sujetador deportivo que me ponía para dormir a modo de camiseta interior.

Hice lo que me pidió y cuando noté el frío de ese aparato en el pecho di un leve saltito, gesto que hizo que Athol sonriera, lo llevara a su pantalón, donde lo pasó varias veces para calentarlo un poco y volvió a ponerlo sobre mí.

—Respira hondo —me pidió, y eso hice—. Suelta el aire.

Seguí sus indicaciones y cuando me pidió que me girara y me subiera la camiseta para poder escuchar mi respiración con ese aparato desde la espalda, lo hice.

—¡Vaya! Tienes una marca aquí —dijo tocándome el omóplato derecho— igual que Betha.

No dije nada, puesto que mucha gente tenía marcas de nacimiento, como era el caso de la mía.

Athol siguió pidiendo que respirara y soltara el aire mientras iba pasando el estetoscopio por varios sitios de mi espalda.

—Ya puedes bajártela —dijo y me vestí para volver a tumbarme.

Él me tapó de nuevo y me dijo que volvía enseguida. Cerré los ojos y poco después me despertó diciéndome que me sentara.

—Bebe este té, te asentará el estómago. Y toma esta pastilla para la fiebre.

Lo hice y sin dejar de tiritar, cada vez estaba peor y con un frío que me calaba hasta los huesos.

—Ahora duerme un poco y no te preocupes por los niños, cuando regresen Dallis se encargará de ellos.

Cerró la puerta cuando salió y me giré en la cama para volver a dormirme.

Soñé con mi padre y de nuevo, con eso que tantas veces había deseado en estos años, algo que veía tan imposible pero que quería que pasara...

—Cinnia, tengo que tomarte la temperatura —escuché la voz de Athol y sonreí.

Me sentía tan cuidada y protegida en ese momento por él, que la sonrisa había salido sola. Únicamente mi padre se había preocupado por mí de ese modo desde que perdimos a mi madre.

—Aún es alta, vamos a tener que hacer algo para bajarla si no te hace efecto pronto la pastilla. Ten, bebe otro poco de té.

Me incorporé y di unos tragos, pero aparté el vaso enseguida porque me cansaba.

—Vuelvo en un rato, descansa.

Eso quería yo, descansar, pero, sobre todo, ponerme bien. Tenía que haberme sentado mal algo que comí el día anterior, o quizás fue que había cogido frío y empezaba a incubarse un resfriado. El caso es que estaba hecha un trapito, me pesaba todo el cuerpo por tanta tiritona.

Era casi de noche cuando Athol volvió, después de haber pasado no sé cuántas veces por mi cuarto, y me sacó de la cama cogiéndome en brazos.

—Vamos a darte un baño y si no mejoras en toda la noche te llevo al hospital —me dijo y yo negué.

—Al hospital no, no me gustan.

—Ni a ti, ni a la mayoría de la población humana, pero si no consigo que te baje la fiebre, habrá que llevarte.

Me metió en el cuarto de baño y me quitó el pijama que estaba completamente empapado en sudor. Me sonrojé de pies a cabeza al verme en ropa interior delante de él, pero parecía que no le importaba puesto que él, se quedó igual.

Yo ya no sabía si estaba ardiendo por la fiebre, o por la vergüenza. Vi que abrió el grifo de la ducha y metía la mano bajo el chorro del agua, hasta que dio con la temperatura que quería.

—Al agua, señorita —me cogió por la cintura y me metió con él en la bañera.

Di un leve grito al notar el agua algo fresca, pero, poco a poco, fue pasándose.

Athol se estaba mojando tanto como yo, y no podía dejar de mirarlo a esos ojos que me

contemplaban con preocupación.

Me hizo apoyar la frente en su pecho mientras me acariciaba la espalda, cerré los ojos y me quedé ahí, tranquila, cubierta de agua y tiritando mientras él se afanaba en que me bajara esa temperatura tan alta.

En mi vida me había encontrado tan mal, de verdad, alguna vez tuve un resfriado fuerte, pero con esa fiebre tan alta, jamás.

Mi madre, cuando yo era pequeña, decía que daría un estirón con tanta fiebre. Ahora lo pensaba y me reía, anda que si a mis veintisiete años daba el estirón y pasaba del metro sesenta...

Cuando él consideró que habíamos estado suficiente tiempo bajo el agua, cerró el grifo y me sacó para envolverme en una toalla y secarme. Me sentó en la banqueta que había bajo el lavabo y se secó él.

—Ahora, a la cama los dos.

—¿Qué has dicho? —pregunté, porque esperaba haber escuchado mal.

—Que nos vamos los dos a la cama —dijo cogiéndome en brazos otra vez, llevándome a la cama donde me sentó— ¿Dónde tienes la ropa interior?

Yo estaba segura que había pasado del rojo tomate al blanco nuclear tras escuchar esa pregunta mientras Athol, miraba en los cajones de mi cómoda, y al final dio con ella, claro que lo hizo.

Afortunadamente para mí las más... atrevidas, por así decirlo, estaban al fondo del todo.

—A cambiarse, venga.

Me dio la ropa limpia y yo me cambié como pude sin quitarme la toalla, ya tenía claro que podría

dedicarme al modelaje porque eso de quitar una y poner la otra había sido fácil.

Me dio un pijama limpio, me metió en la cama y tras taparme dijo que enseguida volvía.

Yo cerré los ojos, me agarré a la almohada y me quedé dormida.

Hubo un momento en el que me pareció notar que me abrazaban, pero tal vez era solo efecto del sueño.

Seguí perdida en ese mundo donde lo que más anhelaba se convertía en realidad. Ese lugar donde mis padres seguían conmigo y compartían esa felicidad a la que una vez tuve que renunciar.

Capítulo 5

Sentí alguien detrás rodeándome por la cintura, recordé que Athol iba a dormir conmigo, eso sí que no entraba en mis planes.

Me moví un poco ya que tenía el brazo dormido y él reaccionó por completo.

—Buenos días, Cinnia. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

—Buenos días. ¿No deberías de estar en el trabajo?

—No, ayer llame para que me cubrieran mis compañeros, hasta el lunes no vuelvo. No te preocupes que me deben muchos días, pero dime, ¿cómo estás? Noto que tienes fiebre, pero no tan alta como ayer.

—Sin fuerzas —me giré para mirarlo a la cara y él seguía sin soltarme de la cintura.

—Es normal, verás cómo mañana estarás mucho mejor, ahora voy a pedir que nos suban el desayuno, pero antes me voy a cambiar.

—Vale —me dio un beso en la frente y se levantó.

Fue a cambiarse y volvió un poco después con Colina, que ya traía el desayuno en la bandeja y lo dejó a un lado de la mesita de noche. Me preguntó cómo estaba y luego se marchó.

Athol me ayudó a sentarme y acercarme a la mesita, se sentó a mi lado por fuera de la cama y me fue dando la leche calentita con miel, aunque yo no tenía ganas de comer, pero me obligó a hacerlo un poco.

Escuché a los niños corretear antes de ir al colegio y llamaron a mi puerta, el padre les abrió y me miraban preocupados preguntando si seguía muy malita.

Intenté no preocuparlos y luego los abracé antes de irse para el cole.

Pasé todo el día en la cama, Athol iba y venía, me tomaba la temperatura, me obligaba a tomar caldo y luego me dejaba para que descansara.

Por la tarde los pequeños vinieron a verme y me trajeron un dibujo cada uno de regalo, por poco me echo a llorar, esos dos mocosos me habían robado el alma.

Después de la cena Athol apareció con un pijama que le quedaba muy sexy, ese hombre era muy cariñoso, atento, y los niños no podían tener mejor padre por muy poca paciencia que tuviera con ellos.

Me duché mientras él me esperaba sentado en la cama, se rio cuando cerré la puerta y es que me moría de la vergüenza, me imponía mucho.

Salí con el nuevo pijama ya puesto, él se levantó y me tocó la frente.

—Por la noche suele subir la fiebre, pero vas a mejor, anoche tenías mucha más —me dijo.

—Siento el comienzo laboral que estoy teniendo —dije con tristeza.

—No —sonrió y me abrazó—, lo que no quiero es que te sientas sola y mal, aquí somos una pequeña familia y todos nos ayudamos, no te preocupes por nada.

Asentí sobre su hombro, me tenía abrazada y aquello me removía muchas cosas.

Me metí en la cama y él conmigo, me arropó y con su brazo me abrazó para que entrara en calor antes y es que de nuevo me ponía a tiritar.

Se pegó a mí, besó mi frente y me dio las buenas noches, eso sí, se quedó con su mano rodeándome. Yo no sabía ni qué pensar, pero es que era algo extraño, me trataba como si fuese algo suyo, me cuidaba demasiado.

Por la mañana escuché a los niños revoloteando antes de ir al cole y me di cuenta de que estaba sola en la cama, sentí un extraño vacío.

Fui al baño y noté que me encontraba algo mejor, no del todo bien, pero iba mejorando.

Salí y me senté en el borde de la cama, las lágrimas comenzaron a brotarme. Sabía que estaba actuando mal, que no era justo que me cuidaran de esa manera sin él saber la verdad de lo que me trajo a las *Highlands*, pero... ¿Como podía desvelar un secreto que me sacaría de allí de forma fulminante y perder lo que ahora tanto necesitaba?

Athol entró y me sequé inmediatamente las mejillas cubiertas de lágrimas, pero era demasiado tarde. Se acercó a mí y se puso en cuclillas entre mis piernas rodeándome por la cintura.

—¿Qué te pasa? —me preguntó preocupado.

—Nada, estoy melancólica, no te preocupes— le tuteé. Total, había dormido conmigo.

—Claro que me preocupo, ya eres parte de nosotros y los niños te adoran. ¿Cómo no me voy a preocupar?

—De verdad, se me pasará —sonreí mientras comenzaban a brotarme de nuevo las lágrimas.

—Vente, vamos a desayunar en la sala, no la conoces, es mi lugar de retiro y se está genial, tiene chimenea, ya la encendí.

—Vale —dije cogiendo una bata y poniéndomela por encima.

Fui con él, hacia aquella sala donde ya estaba el desayuno sobre la mesa que había delante de un gran sofá, frente a la chimenea. Las vistas daban al jardín delantero, a un lado había como una especie de despacho con un mueble lleno de libros, cientos de ellos, en un rincón un globo terráqueo precioso en tonos crema y tierra.

Nos sentamos en el sofá y él se puso de lado mirándome, me eché un lado del pelo hacia atrás de mi oreja.

Hacía mucho que no sentía cómo un hombre me cuidaba, no quería pensar que lo hacía más allá de que tenía un gran corazón y era una gran persona, pero era muy fuerte sentir que un hombre como él, se dedicaba ahora mismo a cuidarme.

Por momentos tenía ganas de chillar y contarle la verdad, mi verdad, esa que él no conocía, pero en otros, me daba miedo que descubriera quién era y me echara de allí de forma fulminante.

Es como si alguien te dijera “yo soy quien atropelló con el coche a tu hermana fallecida”, por ejemplo. Tú sabías que existía alguien que la atropelló, pero no le pones ni nombre ni cara, pues lo mismo era yo. Yo no había matado a nadie, pero sí que iba a producir en él, un rechazo seguro al descubrir mi vinculación con ellos. Tenía que llevarme ese secreto a la tumba, por mí y por todos.

Yo no era mala persona, es solo que un día tuve que actuar por desesperación, sin pensar que aquello marcaría el resto de mi vida.

Athol era un hombre muy cariñoso, correcto, con un corazón enorme además de tener un afán de protección increíble. Era un señor de los pies a la cabeza en todos los sentidos.

Me miraba esperando que mi rostro se alegrara, parecía que me conociese de toda la vida. Le sonreí y acaricié mi barbilla.

—Me da mucha pena que hayas pisado mi casa y seguidamente caigas enferma —dijo con algo de tristeza.

—No te preocupes, tenía que pasar, pero tranquilo que no me muero de esta —reí.

—No, por favor, te necesitamos viva y por mucho tiempo, sobre todo, Bean y Betha.

Y es que era un amor de hombre, una persona que sabía cuidar como nadie lo hacía.

Esa mañana la pasamos ahí, en el sofá, frente a la chimenea, incluso comimos allí. Estuvimos charlando y hasta me quedé dormida, por lo menos dos horas en aquel cómodo sofá.

Por la tarde cuando regresaron los niños del colegio estuvieron conmigo un buen rato. Me contaron cómo les había ido el día y que ese fin de semana se marchaban al campamento del colegio, por lo visto lo hacían de vez en cuando, se llevaban a los peques a una especie de granja a las afueras de la ciudad. A pesar de ser tan pequeños, me alegraba que tuvieran esas actividades tan divertidas y pudieran interactuar con otros niños.

Esa noche cenaron allí con nosotros, luego Athol, los llevó a su habitación y yo me fui a la mía.

Un rato después apareció él, se metió en la cama contándome que los niños estaban nerviosos por lo de irse a la granja pasado mañana, sonreí, pero los iba a echar mucho de menos.

Estuvimos charlando un rato mientras me contaba cosas sobre el campamento y lo bien que se lo pasaban. Al principio había sido muy reacio en dejarlos ir, pero después de ver lo gratificante que era y el especial cuidado que tenían con los niños, decidió que los dejaría disfrutar siempre de esos momentos.

Por la mañana me levanté mucho mejor, salí a buscar a los peques, Athol ya estaba con ellos y me miró arqueando una ceja, le dije que ya se acabó la cama por ahora.

Preparamos a los niños y luego desayunamos los dos en el salón, ese día tenía que salir a hacer algunos recados, así que se fue y quedamos en vernos a la hora de la comida.

Me pasé la mañana en la cocina con Colina, que me contó cómo se vivió la muerte de Alis, la enfermedad la azotó duramente y se la llevó rápidamente. Los niños apenas habían cumplido los tres años, al principio la echaban mucho de menos, aunque nada fuera de lo común, luego como que se les fue pasando y aprendieron a vivir sin ella y con el cariño de todos los que habitaban la casa, apenas la nombraban.

—Con ella se fueron todos los demonios de la casa... —dijo dejándome intrigada.

—No entiendo...

—Él la amaba con toda su alma e hizo cosas muy fuertes por ella, pero no se lo merecía, era fría y mala persona —murmuró muy bajito—. Athol, lo pasó muy mal y le costó superar su muerte, pero luego fue siendo lo que ves y que junto a ella perdió, esa preciosa sonrisa y lo divertido que es, volvió a ser el Athol que conocí antes de que esa mujer entrara en su vida como un huracán arrancando todo lo que él era.

—No tenía ni idea —dije con tristeza.

—El cuadro del pasillo lo conserva por los niños, pero él mismo dice que sí, que se dio cuenta

que ella no lo quería bien, aunque él la amó mucho, es más, jamás habla mal de Alis, a pesar de que descubrió muchas cosas.

—Me entran escalofríos —me crucé de brazos frotándome los.

Me hizo prometerle que no hablaría de esto con el señor, le dije que se quedara tranquila y que, si él algún día me contaba algo, jamás le diría nada.

—Desde que tú has llegado parece diferente.

—¿En qué sentido?

—En muchos, yo lo noto porque lo conozco como si lo hubiera parido. Tú has traído mucha luz a la casa y aunque él iba a mejor, ahora está que parece un crío de quince años.

—No lo entiendo —o no lo quería entender, aquello me intrigaba mucho.

—Algo me dice que le gustas mucho.

—No creo —reí—. A veces pienso que me ve como una niña, son casi veinte años de diferencia.

—La edad no condiciona, lo hace la mente —rio tocando mi sien.

Eso me dejó rayada, estuve toda la mañana imaginando que fuera cierto, la que se podía liar, madre mía. Había un pasado que él no conocía y era verdad que fui por los niños a trabajar, pero ahora me sentía muy atraída por él, aunque no, no podía ser.

Athol volvió a la hora de la comida, me sorprendió con una caja de bombones y una flor de

caramelo.

—Gracias, no tenías que hacerlo.

—Claro que sí, has pasado unos días duros y ahora toca endulzarte la vida. Por cierto, mañana, que ya te encontrarás mejor y los niños estarán de campamento, había pensado en enseñarte algo y que pasáramos el fin de semana ahí, no hay que ir a ningún sitio —sonrió mientras cortaba la carne para meterla en su boca.

—Vale, pero no tienes que preocuparte por mí, yo me puedo distraer el fin de semana leyendo o incluso haciendo algo de deporte.

—Si no te apetece me lo dices sin problema —arqueó la ceja.

—Claro que sí, pero no quiero ser una molestia —apreté los dientes.

—Nunca lo eres, todo lo contrario —acarició mi mano.

Me daba que al final iba a ser verdad eso de que yo le gustaba algo. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! ¡La que se podía liar!

Tras la comida se fue con Cailen, que tenían que ir a unas bodegas a recoger unos vinos y quesos que había encargado y quería comprar algo más.

Cuando llegaron los peques me abrazaron muy felices de verme ahí, me encantaba que yo les produjera esa alegría. Los abracé con mucho cariño y subimos para que se ducharan y se pusieran el pijama. Les iba a preparar las mochilas con sus cosas para la excursión del día siguiente, pues no tendrían clases, directamente en la puerta del cole habría un bus y se los llevarían para que disfrutaran, les prometí que los acompañaría para despedirlos.

Cenamos con Athol y luego los llevamos a la cama, él me acompañó a la puerta de mi habitación, besó mi frente con cariño y me deseó buenas noches.

Ya estaba curada y ya no se quedaba conmigo, era lógico, se había portado como un caballero en esos días y me había cuidado como si alguien de mi familia se tratara, bueno en cierto modo era de mi familia... ¡Dios mío! Hasta ansiedad me daba pensar lo que me había llevado hasta allí.

Por la mañana me levanté temprano, me duché y vestí, iba a preparar a los peques, desayunar con ellos y llevarlos con Athol, a despedirlos para la excursión.

Estaban emocionados, contentos y me encantaba verlos así. Desayunamos con el padre y luego lo llevamos hasta el cole, donde ya estaban sus profesoras al lado del bus encargándose de todo.

Bajamos las mochilas y le dimos un abrazo a cada uno, ellos sonreían felices mirándonos. Esperamos hasta que el autobús arrancó y se iba alejando, ellos nos decían adiós con sus manitas y yo, les tiré una foto con mi móvil, ese que no había usado desde que llegué.

Athol me dijo de ir a tomar un café a la calle principal y así aprovechar para comprar unas cosas que él quería para el fin de semana.

Hacía frío y me hizo un gesto con su brazo para que me agarrara a él, lo hice riendo y negando, me encantaba su descarado, su forma de ser.

Entramos a la cafetería y la chica se nos acercó para ver qué queríamos, yo le respondí la primera.

—Un chocolate, por favor.

—¿Y su padre? —preguntó la chica dejándome a cuadros.

—Su padre otro chocolate —le contestó Athol, sonriendo.

—No me lo puedo creer... ¿Es tonta, o tiene dioptrías y perdió las gafas?

—Parece ser que soy un viejo a tu lado —reía.

—No, joder, pero tampoco pareces mi padre.

—Son veinte años de diferencia y, de todas formas, tú aparentas menos edad.

—¿Me estás llamando cría? —Me hice la indignada.

—¡No! —rio— Pero tu rostro es muy joven y vistes muy juvenil, como la juventud.

—Uso tonos pastel porque me encantan, pero vamos, yo no te veo como mi padre.

—Lástima si fuera tu padre.

—¿Por? —reí.

—Nada —se echó hacia atrás cuando apareció la chica con los chocolates.

—Nada no, lo has dicho por algo — le dije en cuanto la “cegatilla” de la camarera nos dejó a solas.

—¿Qué años te llevabas de diferencia con el chico más mayor de los que hayas estado?

—¿Curiosidad? —reí.

—Sí.

—Nunca tuve novio —reí.

—¿Nunca intimaste con nadie? —preguntó asustado.

—Eso no se les pregunta a los hijos —escuché decir a la camarera detrás de él y este volteó los ojos aguantando la risa, yo me eché a reír directamente. Anda que no tenía telita la camarera.

Pagó y salimos por la puerta aun riendo, me puso de nuevo el brazo para que me agarra a él.

—Entonces, ¿me vas a contestar o no a la pregunta que se quedó en el aire? —dijo mientras caminábamos.

—Pues me acosté con dos chicos un par de años mayores que yo, creo, pero no he salido mucho y la verdad es que me dediqué a mi padre.

—¿Los amabas?

—No creo, sí que me gustaban mucho y sentía cosas, pero no era amor, eran más deseo que otra cosa.

Se hizo un silencio y entramos en una pastelería a coger unos mini pastelitos, era una bandeja con veinte pequeños y variados, toda una tentación para la vista, tenían una pinta brutal.

Luego fuimos a comprar velas e incienso, a él le encantaba, por toda la casa se olía a ellos cada día, pero esta vez era para su habitación, los había cogido con olor a vainilla casi todo, me encantaba.

Pasamos toda la mañana de compras, luego nos metimos a comer en un restaurante de comida hindú, yo nunca la había probado y la verdad es que me quedé encantada con todo lo que probé.

Me reí mucho con Athol, era muy irónico y bromista, se llevó todo el tiempo llamándome “hija”. En el fondo, creo que aquello le tocó un poco su ego, pero disimulaba para no mostrar el malestar que le había causado.

Aunque vamos, era un hombre que cualquier mujer de la edad que fuera estaría encantada de estar con él y es que era de diez, muy guapo y sensual.

Regresamos a la casa en el coche después de comer.

—Ahora vas a tu habitación, coge ropa cómoda para un fin de semana y subes a la planta de arriba, que también te vienes de campamento —dijo mientras conducía con ese aire gracioso que tenía.

—Jamás subí. ¿Qué hay aparte de tu habitación? —pregunté con un cosquilleo de saber que me quería el fin de semana a su lado.

—Lo comprobarás cuando subas. Hay una puerta, das dos golpes y sale el mayordomo a abrirte.

—¿El mayordomo?

—Muy buena gente y guapetón, ya lo verás.

—Me quedo muerta y, ¿qué lo tienes, encerrado ahí? Nadie me habló de él.

—Está castigado —se encogió de hombros.

—¡Venga ya! Conmigo no te quedes —reí.

—Se incorporó hoy al trabajo —se encogió de hombros.

—Pero, ¿un mayordomo para toda la casa o para la parte de arriba? —pregunté mientras me bajaba del coche.

—A tu habitación —dijo riendo y como echándome—. Te espero en un rato, y recuerda, ropa como para estar en tu casa todo el día.

—Pues estaría en pijama —reí.

—Pues ya sabes... —Me hizo un guiño y comenzó a subir las escaleras, yo me fui a mi habitación a preparar la ropa mientras reía por la situación.

Estaba alucinando, nerviosa, incrédula y diciéndome a mí misma que recordara lo que me había llevado allí, no podía cagarla, no debía de hacerlo.

Capítulo 6

Me daba una vergüenza terrible que me vieran subir con aquella bolsa grande sobre el hombro, así que me asomé y cuando no escuché a nadie corrí sin hacer ruido hacia las escaleras y las subí de dos en dos.

Arriba había como un recibidor amplio con una puerta enfrente y unos pasos hacia delante, una única puerta.

Llamé al timbre y abrió Athol, con una bandeja y dos cócteles haciéndose pasar por un mayordomo, me eché a reír y entendí que todo era una broma cuando me dijo que me abriría uno.

Me quedé alucinada mirando lo que había allí arriba y es que era todo diáfano, menos una zona con dos puertas, una era de un impresionante baño y la otra un gran vestidor que parecía una tienda de firma de cómo tenía todo colocado.

Era como un apartamento, una parte con dos ventanales de madera daba a la zona delantera y otra parte toda acristalada que daba a la zona de atrás. Me dijo que podíamos ver, pero no nos podían ver, aunque aquello daba a diferentes fincas de la zona, aquello era precioso y espectacular, hasta el lago se veía.

Todo en madera, precioso es poco para definir aquella estancia. A un lado había una cama gigante pegada a la pared, frente y de espaldas un sofá mirando hacia fuera, luego otro sofá gigante en forma de U con una mesa delante alargada.

Entrando a la derecha una mini barra, llena de bebidas en tres estanterías y dos taburetes, todo súper bonito y luego en el fondo contrario a la cama, una cocina, con su barra, una placa vitrocerámica, horno y un frigorífico, además de una puertecita.

Un tocadiscos antiguo con muchos vinilos debajo, aquello era una preciosidad, lo observaba mientras me tomaba aquel coctel de café que había preparado él y estaba delicioso.

A un lado había una gran chimenea que estaba encendida.

—Todo esto era un gimnasio, hace un año lo mandé hacer así en plan buhardilla. Yo tenía mi habitación matrimonial frente a la tuya, pero quería tener un espacio para mí, aparte de todo lo de la casa. Aquí me traigo muchas veces a los niños los fines de semana para dormir conmigo y jugar con ellos.

—Pues es espectacular, estoy impresionada, no me esperaba esto aquí por nada del mundo y esta parte que deja todo el paisaje al descubierto es una pasada.

—Además me encanta cocinar, por eso quería que pasaras aquí el fin de semana. Podemos ver películas, charlar y relajarnos un poco, creo que nos podemos hacer compañía.

—Claro, pero puedo bajar a dormir a mi habitación —reí.

—No, entonces no sería una escapada de fin de semana —reía.

—Está bien —volteé los ojos sin perder la sonrisa que tenía.

—¿Sabes? Me has devuelto la alegría, no es que estuviera como un alma en pena, pero es algo muy bonito tenerte en la casa.

—Vaya, gracias.

—No hay de qué — tocó mi nariz y luego me echó la mano por el hombro pegándome a él y besando mi cabeza. Yo me sonrojaba con el contacto de su piel.

Cogió mi bolsa y me quitó la copa de la mano, la puso sobre la barra de la cocina con la suya y me llevó al vestidor para que pusiera en un lado vacío la ropa, me dijo que me cambiara ahí tranquila y me pusiera un pijama para estar más cómoda.

Cerró la puerta mientras yo negaba. Cogí uno que tenía que parecía un chándal, la parte de arriba era como una sudadera, fina y muy cómoda, en color celeste y gris.

Me imponía mucho estar ahí con él, es verdad que ya había mucha complicidad entre nosotros, que habíamos pasado muchos días juntos, cosa que en otra circunstancia vas conociendo a una persona a ratos, pero aquí fue la semana completa viviendo muchos momentos junto a él.

Salí afuera y estaba en la cocina preparando algo de cena, me hizo gracia verlo con el delantal y sonriendo feliz.

Me había rellenado la copa, era un licor que se tomaba a temperatura ambiente y que estaba delicioso.

Me coloqué a su lado para ver lo que estaba preparando, era una sopa de pollo con verduras un poco picante. De repente se echó hacia el lado y me rodeó con sus dos manos mientras seguía picando la verdura por encima de mi hombro, me hizo gracia y a la vez me puse nerviosa, un cosquilleo recorrió mi estómago.

—Me encanta cómo hueles —murmuró.

—Me estás poniendo nerviosa —reí notando respiración sobre mi hombro.

—No pretendía eso —mordisqueó mi oreja.

—Ahora más —reí a carcajadas con toda la piel que se me había puesto de gallina.

—¿Sabes que me vuelves loco?

—¿En qué sentido? —pregunté y carraspeé.

—En todos, ¿te vale?

—Bueno, ese “todo” abarca mucho —resoplé volteando los ojos.

Dejó el cuchillo a un lado ya que había metido todo en la olla, me giró con las manos y me puso frente a él.

—En todos, es que te deseo en todos los sentidos —fue hasta mis labios, me dio un beso corto, lo mordisqueo sonriendo y me abrazó.

¿Y ahora qué cojones hacia yo con esos planes? ¿Cómo cambiaba mi mente después de prepararla para algo y que esto no estaba en ello?

Puse mi cabeza sobre su hombro mientras él me abrazaba tocándome el pelo y casi rompo a llorar, me contuve con todas mis fuerzas para no hacerlo.

—¿Estás bien? —preguntó apartándose y cogiendo mi barbilla con dos dedos.

—Sí —sonreí intentando esconder un poco aquella tristeza que tenía.

—Perdona si te he molestado...

—No —le corté—. No es eso, soy yo que me vinieron cosas a la mente, pero no es por ti, es por mí.

Se apoyó en la encimera y me agarró las manos.

—¿Te pasa algo? ¿Puedo ser de ayuda?

—Nada —volví a sonreír—. No me hagas caso —me pegó a él y me abrazó—. Aún estoy un poco tonta por los días que tuve de fiebre.

—Se te irá pasando —me volvió a besar con mucho cariño y se me volvió a erizar la piel.

Me senté en un taburete de la cocina a charlar con él, mientras se hacía la sopa y preparaba un entrante.

Comenzaba a oscurecer y desde allí se veía todo espectacular, yo no dejaba de comerme el coco con lo que estaba viviendo, no estaba bien, sabía que no lo estaba, él no era conocedor de la verdad, mi verdad y eso podía mandar todo a la mierda y perder mi empleo, entonces es cuando me moriría de la pena, pero tampoco podía obviar ese sentimiento que estaba naciendo a su lado y que me estaba haciendo más feliz si cabe.

Charlamos sobre los niños mientras reíamos recordando las cosas de ellos y luego nos sentamos a cenar.

Me quité la parte de arriba y me quedé en una camiseta blanca de manga corta como él, hacía mucho calor ya con esa chimenea que era un espectáculo con la estampa nocturna de fuera, además estábamos con velas, esas que había comprado.

Estuvimos charlando sin música, sin tele, en el silencio de la noche, me hablaba de los libros que había leído, de lo mucho que le gustaba ver películas de acción, ver documentales de historia, se

notaba que era una persona muy culta.

Cuando terminamos le ayudé a recogerlo todo y fregué los platos, no quería, pero ni caso le hice, pues no iba a consentir que todo lo hiciera él.

Nos tomamos un té en la cocina de pie y luego nos fuimos a la cama, me acurrucó contra él y comenzó a besarme.

Los besos eran de lo más tiernos, sin prisas, entre abrazos, pegando nuestros cuerpos, aquello era lo más bonito que había vivido en mi vida.

Metía sus manos por debajo de mi camiseta y acariciaba mi espalda, me encantaba sentirme así, pero me machacaba con que no me lo merecía, no se lo merecía, pero no podía hacer otra cosa que dejarme llevar.

—¿Puedo? —preguntó agarrando mi camiseta para quitármela. Asentí con la cabeza.

Me la quitó y me sonrojé al quedar en sujetador, me eché sobre él riendo, que me acariciaba mientras me miraba.

—¿Te da vergüenza?

—Mucha, me muero —reí.

—No te mueres —se puso boca arriba para que me pusiera encima de él y me senté ahí riendo mientras él desabrochaba mi sujetador y lo quitaba.

—No me mires —me salió una carcajada nerviosa.

—¿Por? Eres espectacular, no deberías de avergonzarte.

—Me impone mucho estar así contigo —resoplé riendo.

—Ponte de pie —arqueó la ceja.

Me puse sabiendo que me iba a quitar el pantalón, se sentó entre mis piernas y comenzó a bajarlos mientras me besaba la barriga, le siguió la braguita y me quería morir, lo deseaba, pero me daba mucha vergüenza.

Me recostó encima de él entre sus piernas y comenzamos a besarnos, me acariciaba la espalda, los glúteos, los senos y me estaba produciendo una excitación a pasos agigantados.

Me tumbó boca arriba en la cama, se puso entre mis piernas y se quitó la camiseta, me impresionó mucho ver su torso duro, estaba muy definido, tenía una figura espectacular.

—Cierra los ojos, agárrate a las sábanas y déjate llevar —murmuro entre besos.

Le hice caso, eché la cabeza hacia atrás cerrando los ojos, agarré las sábanas entre mis manos y me dejé llevar.

Comenzó a lamer uno de mis senos y el otro lo tocaba con los dedos, pellizcándolo con delicadeza, pero firme, notaba que rozaba su miembro con mi zona íntima y se me escapó algún jadeo.

Iba bajando la cabeza hasta que se colocó entre mis partes, metió un cojín debajo de mi culo y comenzó a lamer todo mi interior, cada vez más rápido, mordisqueándolo, pasando la lengua por mi clítoris y volviéndome loca. Yo me retorcí agarrada a las sábanas mientras aguantaba esa excitación que iba acrecentándose por momentos.

Noté que sus dedos se adentraban por mi interior a la vez que seguía con la lengua formando círculos, apretando y mordisqueando, sabía que estaba llegando al momento así que metió la lengua en mi humedad, puso el dedo esta vez en mi clítoris y me hizo llegar al orgasmo con la lengua dentro y mordisqueándome alternativamente.

Me puse otra almohada sobre la boca para no chillar fuerte y agarrarme a ella con todas mis fuerzas. Aquello fue brutal, algo increíble, caí sin fuerzas intentando coger aire, hasta eso me faltaba.

Sentí cómo se levantaba y escuché que se ponía un preservativo. Se volvió a colocar entre mis piernas, me penetró con cuidado y fue acelerando sus movimientos.

Me levantó con su miembro dentro dejándome sobre sus muslos y haciéndolo los dos mirándonos a la cara, él no quería que dejara de hacerlo. Cuando yo agachaba la cabeza, evitando el contacto con sus ojos, él me levantaba la barbilla.

Sentí que iba a explotar de placer, que iba a caer desfallecida, aquello estaba siendo el momento sexual más explosivo de mi vida.

Me mordió el hombro cuando se corrió y soltó el aire, luego me miró y me mordisqueó el labio.

Nos levantamos y fuimos al baño, nos metimos en la ducha donde continuamos los besos, luego nos secamos y fuimos hacia la cama donde me abrazó y me recostó sobre él, acariciándome el pelo hasta quedarme dormida y desnuda.

Escuchaba la chimenea al despertar, había blindado toda la casa bajando unas persianas para que no entrara claridad por la mañana, así que lo noté en mi espalda, abrazado a mí mientras ese sonido del fuego hacía otro momento impresionante.

—Buenos días, preciosa —murmuró en mi oído pegándome más a él.

—Buenos días, papá —bromeé riendo, recordando el momento cafetería.

—Para ser mi hija me pones en una situación complicada —mordisqueó mi hombro y me giré para darle un abrazo y un beso.

—¿Cómo de complicada?

—Muy complicada —me apretó poniéndome encima de él, entre sus piernas.

Me senté riendo, apoyándome en sus manos mientras nos mirábamos con esa sonrisa tonta y floja, luego me soltó, se agarró a mis caderas y comenzó a moverse frotándose con mi sexo, solté el aire y las moví para notar ese miembro en mi zona.

Una de sus manos fue a mi pecho para acariciarlo, solté un jadeo, tiró de mí y me puso sobre él, luego me ayudó a darme la vuelta. Casi como una orden y guiándome con sus manos, abrió mis piernas por fuera de las suyas y se incorporó un poco dejándome sentada de espaldas a él.

Estiró la mano, cogió un preservativo y me levanté un poco para que se lo pusiera, me ayudó a sentarme sobre su miembro con las rodillas hacia atrás.

Fui entrando con su ayuda, lentamente y puso una de sus manos entre mis labios, llevando dos dedos a mi clítoris, comenzó a moverlos y yo empecé a moverme del placer, él me ayudaba con todo, aquello fue un momentazo fuertísimo, su otra mano en mi boca para que la mordiera y no chillara mucho.

Galopé como si fuera un jinete, disfruté de esa excitación que me estaba dejando sin aire y nos corrimos a la vez, yo me incorporé y me dejé caer hacia delante sin fuerzas.

Unos segundos después él se levantó, mordisqueó mi culo y fue al baño, a mí me costó recuperarme de aquello.

Salió del baño con el pantalón de deporte y una camiseta, me dijo que preparaba el desayuno, yo entré para asearme y ponerme el pijama.

Me miré al espejo y comencé a llorar, aquello lo deseaba demasiado, pero lo que él no sabía nos podía destrozarnos a todos, así que nada era fácil y yo me sentía muy mal.

—Dije que yo prepararía el desayuno —puse cara de tristeza al llegar hasta él.

—Y me has puesto el desayuno —me hizo un guiño y me pegó a él mientras la cafetera terminaba de hacer el café.

—Eso no vale, no seas tramposo —reí.

—Vete al sofá anda, ahora lo llevo todo.

—No quiero.

—Pues corres el riesgo de que te eche sobre la barra y te lo vuelva a hacer —mordisqueó mi labio.

—No creo que te queden fuerzas, papá —dije bromeando y me giró, me echó sobre la barra con los pies en el suelo y bajó mi ropa.

—No te muevas.

Reí escuchando que iba a por otro preservativo, volvió, levantó mis caderas y me penetró de una estocada, fuerte y directa, comenzó a moverse de forma sincronizada y yo comencé a jadear como una loca, aquello sí que no me lo esperaba.

Se agarraba con firmeza a mis caderas...

Cuando terminó salió y se acercó a mi oído.

—Ve poniendo la mesa...

Reí, me subí la braguita, el pantalón y aparté la cafetera, serví los cafés, saqué las tostadas de la sandwichera y lo llevé todo a la mesa.

No tardó en aparecer, sonriendo, se sentó a mi lado y besó mi mejilla.

—Gracias por haber entrado en mi vida.

—No me digas eso —le pedí con tristeza.

—Es bonito que estés aquí.

—Gracias —dije emocionada y volviéndome a maldecir por esa verdad que ocultaba y que me estaba matando.

Quería gritarla a los cuatro vientos, pero sabía que me jugaba lo más importante de mi vida y no podía hacerlo, estaba condenada a vivir con ello.

Mientras desayunábamos, los niños llamaron desde el móvil de uno de los cuidadores, les dejaban por turnos, así que Athol, puso el manos libres y se pusieron a hablar con nosotros, estaban emocionados y pasándolo genial.

Casi me echo a llorar al escucharlos, los echaba de menos, esa era la verdad.

Tras esa llamada y el desayuno nos fuimos a la cocina a preparar la comida, habíamos hablado de pasar la mañana haciendo una empanada, una crema de verduras y un pastel de dos chocolates, blanco y negro.

Nos tomamos un vino dulce mientras charlábamos, bromeábamos y nos besábamos, aquello era lo más parecido a esos momentos inolvidables en los que piensas que estás tocando lo más parecido a la felicidad.

Desde que estuvo con su mujer no había estado con nadie y yo hacía por lo menos también tres años, así que para nosotros aquello era muy especial, lo estábamos viviendo con mucha intensidad, ganas y deseos.

Después de comer nos echamos en el sofá abrazados mirando hacia el exterior, me comenzó a contar un poco sobre su vida con su mujer y que él lo había dado todo, pero ella había sido muy egoísta.

Los padres de ella nunca aceptaron ni a los niños, así que no había contacto alguno con la familia de esta.

Yo lo escuchaba hablar y me daba pena, estaba echada sobre él, mientras acariciaba mi barriga y hablaba sobre mi oído, flojito, con tristeza, con rabia. Noté que obviaba decir muchas cosas, pero si algo me quedó claro es que él luchó por ella hasta el final, tanto por la relación, como porque sobreviviera a esa enfermedad que se la comió en poco tiempo.

Me contuve de explotar, pero no podía hacerlo, tenía que pensar en frío y no cargarme todo por lo que había venido y menos aún, lo que poseía ahora. Lo estaba comenzando a amar y no entraba dentro de mis planes, no los quería perder y que me echara de su vida de una patada, aquello era algo que me estaba causando mucho dolor en medio de ese momento tan dulce que estaba viviendo a su lado.

Al final nos pusimos los dos tirados uno frente a otro con la almohada compartida y abrazados, nos quedamos dormidos así, uno pegado al otro, no había mejor forma de hacerlo.

Despertamos casi cayendo el sol, sonreímos.

—Veo en tu sonrisa algo de tristeza, te pasa muchas veces.

—No sé, a veces me pongo nostálgica —inventé lo primero que se me ocurrió.

—Me gustaría saber todo lo que te afecte, quiero ser ese apoyo y que jamás sientas que estás sola.

—Tranquilo, estoy bien —le besé y continuamos ese beso haciéndolo largo y bonito, como no podía ser de otra manera.

Se puso encima de mí y comenzó a desnudarme, me encantaba atraerlo tanto de esa manera, me hacía sentir especial.

Flexionó mis rodillas dejándome las piernas abiertas y me pidió que no me moviera, me hizo mucha gracia cuando apareció con un bote de nata, me puse las manos en la cara de la vergüenza.

Lo echó por mis pechos, fue bajando por la cintura y terminó echándolo dentro de mi sexo, solté el aire y es que ya me estaba comenzando a calentar demasiado.

Puso el bote sobre la mesa, comenzó a lamer mi pecho y yo movía las caderas de lo más excitada, mordisqueaba mis pezones a la vez que sus labios chupaban la nata y aguantaba con sus manos mis brazos.

Fue bajando lentamente hasta llegar a mi zona, cogió mis piernas entre sus brazos y levantó mis

caderas, comenzó a lamer todo mi interior mientras yo gritaba de excitación, me iba a volver loca, aquello era demasiado.

Me corrí de nuevo con su boca, sus labios, su lengua. Aquello había sido brutal como todo lo que hacía con él.

Me pidió las manos, me ayudo a levantarme y me llevó hasta el enorme ventanal de cristal, me puso mirando hacia fuera con las manos contra ellos, levantó mis caderas y pasó su dedo por fuera de mi culo jugueteando con él, di un respingo, pero él me sujetó con la otra mano.

—Tranquila, no te lo voy a meter —murmuró y siguió jugando, volviéndome loca. Nunca había experimentado eso y me estaba dando cuenta que me proporcionaba mucho placer—. Espera aquí —me pidió y se fue al baño.

Volvió, me levantó las caderas, me penetró y noté su dedo gordo en la entrada de mi culo con un poco de gel o algo así, comenzó a hacérmelo de forma sincronizada y su dedo a jugar por mi exterior, lo metía lo mínimo para ocasionarme más placer y vaya si lo conseguía.

Noté que entró un poquito de nada, pero lo hacía con cuidado, así que me dejé llevar hasta que él se corrió y cayó en mi espalda, besándola.

Me giró y me besó con ganas.

—¿Bien?

—Sí —asentí sonriendo.

Nos duchamos juntos y nos fuimos a preparar la cena, ya estaba hecha, así que la calentamos, cenamos y nos tumbamos en la cama abrazados, eso sí, solo con las braguitas, no me dejó entrar con más ropa y él con su *bóxer*.

Estuvimos entre besos, abrazos, bromas, charlas, toqueteos y terminamos haciéndolo de nuevo antes de dormir. Eso se podría llamar la pasión que hay al principio de todas las relaciones, aunque lo nuestro no sabía qué es lo que era, pero me hacía muy bien.

Esa noche nos dormimos temprano, ya al día siguiente por la tarde volvían los peques, estaba deseando verlos, seguro que venían contando mil y una historia de ese fin de semana, o matándose, algo de eso seguro.

Capítulo 7

—¡Athol! —grité al comprobar que me bajaba la braguita y estaba entre mis piernas.

—Buenos días, princesa —dijo metiendo uno de sus dedos en mi interior.

—Me voy a ir de esta buhardilla con tres kilos menos —reí mientras resoplaba notando entrar esta vez dos dedos.

—Disfruta, ahora te pongo un buen desayuno.

—¡Athol! —grité al ver que su otra mano iba a mi culo y no sé de dónde salió que hasta con gel iba.

—Relájate —dijo sonriendo, sacando la cabeza entre las sábanas.

Me agarré a las sábanas con fuerza y dejé que hiciera lo que quería, en el fondo me gustaba todo de él y para qué mentir, me causaba un placer bastante fuerte.

Me lamió, mordisqueó y jugó con mi clítoris hasta volverme loca, mientras por detrás dejaba asomar su dedo. Con su cuerpo aguantaba mis piernas para que no las cerrara, me tuve que poner una almohada en la boca para que mis chillidos no llegaran a la planta de abajo, así me corrí, gritando como una loca.

No me había quitado ni la almohada de la cara cuando ya lo tenía dentro azotándome con estocadas fuertes, rítmicas, que volvían a activar todos mis sentidos y es que Athol, era increíble no solo como hombre, sino también en la cama, en esa que no pasaba desapercibido.

Cuando terminó fue al baño y me quedé en la cama, luego se puso a preparar el desayuno, yo no me podía ni mover, había sido un momento tan intenso que me había quedado sin fuerzas.

Puso el desayuno en la mesa del sofá y vino a por mí extendiendo las manos, me puse de pie en la cama y me cogió en brazos, me llevó hasta el sofá desnuda mientras yo gritaba que quería mi ropa.

Me sentó entre sus piernas a desayunar, yo me moría con ese hombre, era insaciable. Desayunó metiéndome mano en todo momento y, sobre todo, jugueteando con mis pezones.

En mi vida había imaginado algo así, lo hubiera visto algo surrealista, pero no, me estaba pasando a mí y lo peor de todo es que me gustaba, y mucho, sentirme de aquella manera.

Terminamos de desayunar y me recostó de espaldas en el sofá mirando hacia él, flexionó mis piernas y me dijo que me tocara.

—No, me niego, me muero de la vergüenza.

—No quiero que te mueras de la vergüenza, quiero que disfrutes sin ella conmigo.

—No, no, yo no me toco, me niego —reí súper nerviosa.

Agarró mi mano y la puso sobre mi sexo, me cogió los dedos y comenzó a hacer círculos en mi clítoris, luego los soltó para que yo siguiera.

Metió sus dedos en mi humedad para ayudarme a excitarme, luego cuando vio que estaba llegando me penetraba con más fuerza mientras decía que no parara y llegara, todo eso sin dejar de mirarme, fue un momento de esos que te dejan sin aliento.

—Ahora nos vamos a dar un baño —me mordió la parte interna del muslo y se fue a llenar la

bañera.

Volvió y me hizo levantar, me cogió en brazos y me llevó para meterme en ella, él también lo hizo, uno frente al otro, jugaba con los dedos de su pierna entre mis pliegues causándome una carcajada enorme y poniéndome de lo más nerviosa.

—Hoy ya me vuelvo para mi habitación —le saqué la lengua.

—Te lo permito por ahora —carraspeó.

—Vale, jefe —reí y metió el dedo gordo de su pie un poco hacia mi interior—. Ya no te digo más jefe —reí.

—No quiero que me veas así.

—Bueno, pero lo eres, me pagas por ello.

—¿Esto del fin de semana me lo meterás de suplemento?

—¡No! —reí nerviosa con el dedo de su pie aun jugueteando en mi sexo.

—Mañana me toca trabajar. ¿Me echarás de menos?

—¿Y tú a mí?

—Siempre —me hizo un guiño.

—Bueno, no me lo creo —le hice un gesto de burla.

—¿Cómo qué no? —Se vino hacia mí poniéndose encima y me besó en los labios.

—Con todo el trabajo que debes de tener, en lo último que pensarás será en mí —le acaricié la cara.

—No te imaginas lo que me haces sentir, no te lo imaginas, no puedo dejar de besarte, de tocarte, de sentirte... Te has convertido en esa ilusión que jamás pensé tener, el único miedo es que la edad corre para mí con más velocidad ya que te saco veinte años, y quizás eso en un tiempo sea un problema ya que tu seguirás siendo muy joven —dijo con tristeza.

—No, no es un problema eso, cuando se ama a alguien hasta con arrugas es el hombre más sexy del mundo.

—¿Y tú me amas?

—Digamos que siento algo muy fuerte —dije con tristeza.

—¿Por qué se te vuelve el rostro con un ápice de dolor? —Me acarició la barbilla mientras me preguntaba preocupado.

—Seguramente será el miedo...

—¿Miedo a qué?

—A nada especial y a todo, vine sin nada y estoy teniendo demasiado.

—Yo era feliz pero no a este nivel y por eso no debemos de tener miedo.

Se me saltaron las lágrimas y me abrazó, me pidió que me levantara, nos duchamos, salimos con las toallas y me llevó al sofá, puso dos cafés y se sentó agarrando mi mano.

—Dime qué te pasa, por favor.

—No es nada, son sentimientos encontrados —respondí mientras él acariciaba mi mano y rompí a llorar.

—¿A qué tienes miedo? Me duele saber que sea algo que yo pueda aliviar.

—No, es solo tristeza y alegría entremezcladas.

—¿Qué motivo tienes para estar triste?

—Lo perdí todo, a los míos, no tengo familia.

—Nos tienes a nosotros, aquí todos te quieren y los niños se mueren por ti.

—Lo sé —lloré más aún, me tocaba a los niños y era algo que me podía.

—Eres lo mejor que me ha pasado, estuve viviendo mucho tiempo en una mentira que es lo que más me duele en el mundo, el haber permitido que me engañaran y ahora no quiero perder la oportunidad de avanzar contigo. Sé que tienes un corazón humilde, noble y que jamás me engañarías. Duele mucho sentir la decepción por no haber tenido las agallas de decir las cosas de corazón y sé que contigo no pasará.

Eso me pasó factura, me hizo llorar más aún. Sí él supiera...

Se pasó toda la mañana intentando calmarme, luego decidimos salir a comer por ahí antes de recoger a los niños, así que fui a mi habitación, dejé las cosas, me cambié y salí afuera.

Colina me saludó con toda su gracia, como diciendo que había estado perdida, al igual que Dallis, que entró a la cocina donde yo estaba, carraspeando, pero luego como apareció Athol todas disimulamos.

Comimos en Inverness mientras hacíamos tiempo para recoger a los niños, estuvimos súper a gusto charlando y disfrutando de ese almuerzo después de dos días de lo más intensos en sexo, había sido espectacular y lo mejor de todo es que me seguía mirando con esos ojos cargados de deseo.

Cuando los niños llegaron en el bus bajaron corriendo hacia nuestros brazos, nos comieron a besos, eso sí, vinieron recriminando el uno al otro ciertas cosas que tuvimos que poner en orden en el coche para que no terminaran a palos.

En casa se fueron a saludar a Colina y Dallis, que los esperaban de lo más nerviosas y es que se desvivían por aquellas dos criaturas.

Les dimos de merendar mientras Athol se tomaba un café escuchando la charla que nos traíamos con los niños y soltando alguna que otra sonrisa, eso sí, mirándome con aquella complicidad que me ponía de lo más sonrojada.

Luego los duché, les puse los pijamas y jugué con ellos un rato en su habitación a las cartas antes de cenar, lo hicimos con su padre en el salón y luego me los llevé a contarles un cuento.

Me despedí de ellos, fui a mi habitación, me puse una camiseta ancha para dormir y apareció Athol.

—Si te pensabas que no iba a venir a despedirme, es que no me conoces —me llevó a la cama y me extendió en ella, se tumbó a mi lado mirándome y sonriente mientras me daba muchos besos.

Se quedó conmigo un buen rato y lo hicimos de nuevo, con esa fogosidad que él desprendía al contacto conmigo y es que aquello era algo mutuo.

Se despidió de mí cuando ya estaba prácticamente quedándome dormida, aunque fue cerrar la puerta de la habitación y ponerme a llorar. Sentía rabia, dolor, tristeza, asco de mí misma, asco de la vida, de mi destino y de mi pasado, de todo lo que había conformado los últimos años. Y es que por hacer algo por un bien me había destrozado la vida para siempre y eso era algo con lo que iba a tener que cargar durante el resto de mis días. Eso y no poder tener la libertad de abrir mi corazón si no quería perder todo lo que tenía allí en las Tierras Altas, con ellos, con esas personas que tanto amaba, con esos niños que eran mi todo y con ese hombre que se había convertido en lo más importante de mi vida.

Capítulo 8

Después de pasar el fin de semana con Athol en la habitación y tras recoger a los niños en el cole a la vuelta del campamento, tocaba empezar de nuevo la semana.

Lunes, una ducha y tras vestirme estaba lista para una nueva jornada de trabajo.

Fui a la habitación de mis niños y me quedé contemplándolos en silencio unos instantes, eran tan guapos y se les veía tan felices.

Me acerqué a la cama de Bean y cuando se despertó me dio un beso de esos que tanto me gustaban ya, mientras me rodeaba el cuello con sus bracitos.

—Venga, mi rey, al baño y a vestirse —le dije cuando se puso en pie y le di un pequeño azote en el culo para se diera prisa.

Me senté en la cama de Betha y la miré mientras dormía. Le acaricié la mejilla y al notar mi mano abrió los ojos, esos preciosos ojos verdes que brillaban llenos de felicidad.

—Buenos día, Cinnia —dijo somnolienta, tendiéndome los brazos para que me inclinara y me abrazó.

—Buenos días, princesita. Vamos que hay que prepararse para ir al cole.

Misma rutina de siempre con ellos, mientras se aseaban les preparaba los uniformes y cuando estaban vestidos peinaba a Betha igual que yo. En este caso una coleta alta.

—Buenos días, ¿cómo están hoy los monstruitos? —preguntó Cailen.

—Muy bien, gracias —contestó Bean, haciéndonos reír a todos. Desde luego, ese pequeño

diablillo tenía mucha guasa con Cailen.

—Colina, ¿hay tortitas? —preguntó Betha.

—Claro, mi niña, ¿qué es un lunes sin tortitas? —respondió Colina, y es que esa mujer siempre tenía de toda clase de masas preparadas para hacer el desayuno que pidieran los niños.

Pregunté por Athol y Cailen me dijo que había salido más temprano porque lo habían llamado para una urgencia del hospital.

Desayunamos los cuatro en el salón y en cuanto los pequeños acabaron, les di sus mochilas, Colina sus bolsas con el almuerzo y se marcharon con Cailen al cole.

Ayudé a Colina a recoger la mesa, algo tenía que hacer porque hasta que los niños llegaran de sus clases no tenía trabajo en la casa.

En cuanto acabamos me crucé con Dallis que llegaba con una cesta llena de sábanas para lavar.

Roja me puse al ver las de la cama de Athol, miré hacia otro lado y juraría que la vi sonreír, pero igual fue mi imaginación.

Puso todas en la lavadora y cuando salía le pregunté si necesitaba ayuda, casi me muerde cuando me contestó.

—Ese es mi trabajo, jovencita, el tuyo es cuidar de los niños.

—Pero no están, así que ya me dirás qué hago en su ausencia —respondí.

—Pues leer, descansar, no sé, ¿qué hacías en Edimburgo?

—Trabajaba todas las mañanas en una guardería, no tenía libre más que media hora para un almuerzo rápido.

—Pues hazte a la idea de que vas a almorzar.

—¿Durante toda la mañana y parte de la tarde? —empecé a reír.

—Anda, ven conmigo que vamos a poner las sábanas a la cama de los niños.

—Como el jefe se entere de esto... —comentó Colina.

—Pero como no se va a enterar... —dije yo sonriendo, al tiempo que pestañeaba.

Colina puso los ojos en blanco mientras reía y Dallis, me pidió que la acompañara al cuarto donde guardaban toda la ropa de cama.

Lo tenía todo muy bien organizado, varias estanterías y en cada una de ellas colocadas las sábanas de cada habitación.

—Coge las de allí, que son de Betha, yo cojo estas para Bean —me dijo.

—Claro. ¿Las demás son de Athol?

—De todos. Cada uno tenemos nuestro espacio. Las que están junto a las de la niña son las tuyas, por si quieres aprovechar a cogerlas —me indicó.

—Vale, sí.

Salimos directas a la habitación de los pequeños y entre las dos acabamos de hacer las camas y recoger un poco las cosas, además de coger la ropa que habría que lavar. Después fuimos a la mía.

—El jefe parece otro desde que estás aquí —me dijo Dallis.

—Pues no sé por qué —me encogí de hombros.

—Está más feliz, eso te lo aseguro. Le veo sonreír más, y estando solo, ¿eh? Que eso poquitas veces lo ha hecho.

—Será porque los niños están más controlados, no sé.

—¡Ay, jovencita...! Voy a hacerme la tonta y a decir algo que tú no vas a escuchar.

Me quedé mirando a Dallis y la vi coger una de mis almohadas y empezar a sacudirla, dándome la espalda, mientras hablaba, ¿sola?

—Desde luego que desde que esa jovencita llegó a la casa se nota una alegría que hacía tiempo no había. Y el jefe, ese hombre está loquito por ella. Si un hombre me mirara a mí como Athol a Cinnia... —Entonces se giró, llevándose una mano al pecho, simulando estar asustada— ¡No te he oído entrar! Qué susto me has dado, Cinnia. ¿Necesitas algo?

—Esto... ¿No? —contesté aguantando la risa.

—Ya acabo, que tengo que hacer la habitación del jefe.

Ví salir a Dallis y ahí me quedé yo sonriendo. Me caía bien la pelirroja. Miré por la ventana y decidí salir a pasear un poco por las tierras de Athol, así que me puse el abrigo y bajé.

No había hecho más que empezar el paseo cuando me crucé con Bors, el jardinero.

—Hola —saludé y él se giró.

—¡Ah, hola! ¿Cómo te encuentras? —preguntó poniéndose en pie.

—Mucho mejor, gracias. Y también por ayudarme a llegar a mi habitación, no creo que hubiera podido sola.

—No es nada, para eso estamos todos aquí, para ayudarnos si lo necesitamos.

—Pues es bueno saberlo, cuando necesites ayuda con las rosas o algo, me lo dices. Cuido de los niños, pero mientras están en el cole, pues no hay mucho que pueda hacer.

—¿Me harías un favor? —preguntó.

—Claro, dime qué necesitas.

—Colina me pidió que le llevara algunas flores para poner en los jarrones de la entrada y algún pasillo. ¿Puedes seleccionar unas cuantas de entre aquellas que tengo preparadas y llevárselas? —preguntó señalando una cesta repleta de flores de diferentes colores.

—Eso está hecho.

Fui hacia ella, me senté en un pequeño banquito que tenía junto a la cesta y fui seleccionando las que más me gustaba, creando pequeños ramos con ellas que até con unas cuerdecitas que me dio Bors.

Cuando acabé estaba muy próxima la hora de comer, así que cogí la cesta con las flores y me despedí de él, yendo a la casa para ver a Colina que estaba cocinando.

—Bors me pidió que te trajera estas flores —le dije al entrar.

—Perfecto, pues vamos a llenar todos esos jarrones de agua y a colocarlas.

Colina con unos y yo con otros, fuimos poniendo las flores en los jarrones y repartiéndolos por toda la casa.

Comí con todos, menos con Athol, que llamó avisando de que llegaría tarde, al parecer estaba teniendo un día bastante ajetreado.

Cuando los niños volvieron con Cailen del colegio, se lanzaron a mis brazos haciéndome caer al suelo. Me comían a besos y conseguían sacarme más de una sonrisa, pero recordaba lo que me había dicho Athol el domingo, eso de que sabía que conmigo no sufriría por una mentira, y me mataba por dentro.

—A ver, monstruitos —escuché que decía Cailen—, que vais a hacer daño a Cinnia y vuestro padre se va a enfadar.

Me los quitó de encima y le vi cargando con ellos cada uno bajo un brazo, mientras ambos críos se partían de risa.

—Parece que llevas dos sacos de patatas —dije poniéndome en pie, riendo.

—Patatas no, pero cualquier día me hago guiso de monstruito y lo acompaño de un buen vino.

—¡No! —protestaron los dos a la vez sin dejar de reír.

—Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Qué escándalo es este? —preguntó Colina, saliendo de la cocina.

—Estos dos enanos, que se han tirado encima de la pobre Cinnia y casi la aplastan —contestó Cailen.

—Vaya dos, no paráis, ¿eh? Anda, a bañarse y ponerse el pijama que os doy de cenar —les dijo Colina mientras Cailen, les dejaba en el suelo.

—¿Y papá? —preguntó Bean.

—No ha llegado aún —contesté cogiéndoles la mano a ambos—. Venga, a prepararse para la cena.

Subí con ellos a su habitación, preparamos los pijamas y mientras bañaba a Betha, el pequeño Bean, buscó el cuento que quería que les leyera esa noche.

Le tocó a él el turno de baño y Betha se peinaba el cabello con el cepillo antes de que yo se lo secara con el secador un poco para que no se acostara con pelo húmedo.

Bajamos a cenar y justo en ese momento Athol entraba por la puerta. Mis niños salieron corriendo y le hicieron lo mismo que a mí, solo que él era más grande y fuerte y los cogió a ambos en brazos, sin caerse de culo como me había pasado a mí.

—Vamos a cenar, papá —le dijo Betha.

—Voy a darme una ducha, id cenando vosotros, cariño.

Los dejó en el suelo y fueron hacia la cocina, cuando iba a dar un paso para ir tras ellos, Athol me cogió la mano, me giró pegándome a su pecho y me miró con una sonrisa de medio lado.

—¿Tú no vas a darme un beso? —me preguntó.

—Athol... nos pueden ver.

—¿Y qué problema hay?

—Que soy una empleada, por ejemplo.

—Dame un beso.

—No, suéltame.

Pero Athol no me hizo caso, sino que se inclinó y me dio un beso rápido, me giró en dirección a la cocina y me dio un azote en el culo, como los que yo le daba a Bean, cuando se levantaba para que fuera al cuarto de baño.

Le miré y tras encogerse de hombros empezó a silbar subiendo hacia su habitación. Sonreí por su descaro, pero me mataba verle así sabiendo todo lo que yo le ocultaba.

Me senté a la mesa con los niños y empezamos a cenar, cuando estaban terminando llegó Athol y los niños se quedaron con él, contándoles su día en el cole mientras yo recogía nuestros platos.

Fui a por ellos, les dieron las buenas noches a su padre y subimos para que se acostaran.

—Venga, léenos el cuento, por favor, Cinnia —me pidió Bean, y me senté en una silla en medio de ambas camas.

Empecé a leer y ellos me miraban y reían mientras yo hacía las voces de los personajes.

Cuando llevaban bastante tiempo callados los miré y estaban dormidos. Dejé el cuento en la estantería, les besé la frente y salí de allí sin hacer ruido.

—Eres lo mejor que les ha pasado a esos críos —sentí los brazos de Athol alrededor de mi cintura y cerré los ojos cuando noté que me besaba el cuello.

Me cogió en brazos, sin importarle lo más mínimo si alguien nos veía, y me llevó a mi habitación. Se recostó en la cama conmigo encima y empezó a besarme, abrazándome fuerte, como si temiera que fuera a desaparecer en cualquier momento.

Giró conmigo en la cama quedando entre mis piernas y empezó a desnudarme para después hacerlo él.

Besos, caricias, piel con piel, el calor que ambos desprendíamos y esa pasión que nos arrollaba como si de un tren se tratara y nos dejábamos llevar hasta alcanzar el clímax y caer casi desfallecidos sobre la cama.

Me sentía la mujer más feliz del mundo mientras me tenía entre sus brazos, colmándome de ese amor que me entregaba con cada mirada o gesto.

Me dio un último beso, se vistió y tras darme las buenas noches, salió del dormitorio.

Y era ese momento, en el que se cerraba la puerta que nos separaba, cuando me sentía miserable por todo lo que callaba.

Empecé a llorar y ni siquiera me levanté a ponerme el pijama. Me quedé en la cama, desnuda y hecha un mar de lágrimas, hasta que conseguí quedarme dormida.

El dolor de cabeza que tenía cuando me desperté era insoportable. Había pasado casi toda la noche llorando así que ese martes iba a ser de todo menos tranquilo para mi salud.

Una ducha rápida, me vestí y fui a despertar a los niños para prepararlos antes de ir al cole.

Me encantaba esa rutina que tenía con ellos por las mañanas, porque antes de que se despertaran los observaba dormir y me quedaba con esa imagen en mi memoria.

Sabía que algún día tendría que dejarlos, que todo saltaría por los aires y la mentira me explotaría en la cara. Para mí era tan evidente que eso pasaría, que procuraba vivir cada instante con ellos como si fuera el último.

—Bean, a levantarse —mi pequeño rubio de ojos azules se despertó y me regaló esa sonrisa que era tan parecida a la de su padre—. Venga, al baño.

Desperté a Betha, se asearon, vistieron y bajamos a desayunar al salón donde Cailen tomaba un café y revisaba algo en su móvil.

—Buenos días —dije sentándome a la mesa con los niños a mi lado.

—Buenos días. Athol bajará ahora, aún no se ha marchado.

—Oh —no dije más, puesto que pensaba que no estaría.

Colina entró con nuestros desayunos y fue a por el de Athol, que entró cruzándose con ella y saludando a los pequeños con un beso.

Desayunamos entre miradas que yo procuraba evitar, pero era imposible, además notaba que me sonrojaba y con Cailen allí, me ponía de lo más nerviosa.

Los niños terminaron, les di las mochilas y en cuanto Cailen se los llevó al coche, Athol me cogió por la cintura pegándome a él y dándome un beso de esos que, cuando acaba, estás casi sin respiración y algo atontada.

Madre mía, ¡qué pedazo de beso me había dado!

—Y ahora me voy contento a trabajar. Te veo luego, preciosa —me dijo antes de darme un beso rápido en los labios.

Escuché un carraspeo que venía desde un lateral del salón y me quedé a cuadros cuando me encontré a Dallis allí, sonriendo como una niña pequeña que acaba de hacer una travesura.

—Yo no he visto nada —dijo al tiempo que negaba con la cabeza y encogiéndose de hombros.

Recogió lo del desayuno de Athol y salió hacia la cocina con una sonrisa en los labios, mientras yo quería morir de la vergüenza.

Me dejé caer en la silla, tapándome la cara con ambas manos y llorando en silencio.

¿Cómo había pasado todo eso? ¿Cómo había sido posible que se me fuera de las manos de esa manera?

Lloré hasta que noté unas manos apoyarse en mis hombros, me sobresalté y al girarme vi a Cailen.

—¿Estás bien, pequeña? —me preguntó y yo tan solo negué sin dejar de llorar.

Retiró la silla hacia atrás, se colocó en cuclillas frente a mí y me cogió entre sus brazos. Lloré sobre su pecho y cuando conseguí calmarme vi que le había empapado la camisa.

—Lo siento —susurré apartándome un poco.

—¿Mejor? Llorar sienta bien, ¿sabes?

—Cuando has llorado tanto como yo, es algo tan cotidiano que casi no sientes el alivio.

—¿Qué te pasa? Si puedo saberlo, claro, que no soy ningún cotilla —dijo haciéndome reír.

—Nada, algo que llevo conmigo desde hace tiempo.

—Ese hombre siente algo, lo sé. Así que, si es eso lo que te preocupa, puedes estar tranquila.

—¿Es que todos veis lo mismo? —pregunté mirándole a los ojos y él sonrió asintiendo.

—Si con lo mismo te refieres a que sonrío más, está mucho más feliz y te mira de una manera diferente a como mira a Dallis o a Colina, sí, todos lo hemos visto.

—¡Ay Dios! —Me tapé la cara, pero esta vez por la vergüenza.

—Cinnia, has sido un soplo de aire fresco en esta casa, y no solo para Athol, sino para los niños. No hay un solo día, cuando los recojo del colegio que no hablen por el camino de las ganas que tienen de verte. Te adoran, pequeña —dijo pasándome la mano por el brazo.

—Y yo a ellos, son... Son lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Ve a lavarte la cara anda, y descansa un poco que no sé por qué, pero creo que no dormiste demasiado anoche. No tenías buena cara cuando bajaste, pero lo disimulaste bien delante de Athol.

—Gracias, Cailen.

Él asintió, se levantó y salió dejándome sola en el salón.

Me recompuse un poco y fui a la habitación a lavarme la cara. Tenía los ojos rojos de tanto llorar. Me tumbé en la cama y acabé quedándome dormida.

Me desperté al escuchar a los niños trasteando en la entrada, ni siquiera me habían despertado para comer.

Salí y cuando bajé Cailen me guiñó un ojo antes de que Colina hablara.

—¿Estás mejor de tu dolor de cabeza?

—Sí, mucho mejor. Solo necesitaba descanso —contesté y cuando Colina se giró hacia los niños,

le di las gracias a Cailen.

—Cinnia, mañana es el cumpleaños de nuestra profesora y queremos llevarle un regalo, ¿nos ayudas a pensar qué? —me pidió Betha.

—Claro, pero no podemos salir a comprar nada. Veamos...

En ese momento vi a Bors pasar y le llamé, le pedí que preparara un ramo de flores surtidas y a Colina, que las pusiera en un jarrón.

—Y, además, qué os parece si le lleváis unas galletas caseras —les dije, y ellos aplaudieron emocionados.

Colina me miró y entendió que tenía que ponerse manos a la obra para hacer las galletas, así que yo subí con los dos para bañarlos y se pusieron el pijama mientras Dallis, preparaba la mesa para la cena y Colina horneaba.

No dejaron de hablarme de su profesora, decían que era la más buena de todo el cole, aunque la de la clase de al lado de la suya también lo era.

Había visto a esas dos chicas que debían ser más o menos de mi edad y tenían una de esas sonrisas amables y cara de buenas personas, no como una profesora que me tocó en el colegio que estaba siempre con una cara de enfadada que no era normal. Bueno, en ella sí, esa mujer debía vivir amargada y cabreada con el mundo en general.

Bajamos a cenar y Athol estaba ya sentado en la mesa, esperándonos. Había llegado poco después de que me subiera con los niños, por lo que me dijo y aprovechó para darse una ducha mientras.

Se había puesto un chándal y parecía mucho más joven de lo que era, a ver, que no era viejo y para nada parecía mi padre. Todavía recordaba a la camarera de la cafetería y me reía.

Los niños cenaron contándole a su padre lo del regalo para su profesora, y en ese momento entró

Colina con el jarrón y las flores, que había decorado con un bonito lazo de raso en color rosa. Ellos empezaron a aplaudir y decir que era precioso y que a su profesora le iba a encantar. Ya podíamos oler las galletas que estaban horneándose y como eran tan golosos esos dos pequeñajos, quisieron una cada uno, pero les dijimos que serían para el desayuno.

Athol subió con nosotros para meterlos en la cama, les leí un cuento y en cuanto se quedaron dormidos, me cogió en brazos sacándome de la habitación.

—¿Dónde vas? —le pregunté cuando vi que no iba en dirección a mi habitación.

—Esta noche duermes conmigo.

—No, no. Bájame, Athol, por favor.

Se quedó mirándome y aunque no me bajó, fue a mi habitación, donde volvimos a entregarnos el uno al otro bajo aquellas sábanas.

—Podrías haber venido a mi habitación, dormir conmigo y no hacerme irme a hurtadillas de aquí —me dijo mientras me abrazaba.

—Sabes que no es buena idea, no quiero que nos vean, no quiero que me vean a mí saliendo de tu habitación por la mañana.

—¿Sabes? Solo me faltaría saltar por esa ventana y habría vuelto a la adolescencia.

—¿Hiciste eso alguna vez? —pregunté mirándole.

—El qué, ¿salir por una ventana? No, pero casi. Salía con una chica, se quedó sola en casa y me invitó a ver una peli. Una cosa llevó a la otra y...

—Llegaron sus padres y te entró el miedo —dije cortándole.

—No, creímos que eran los padres, pero resultó ser la hermana mayor, que al menos llamó a la puerta antes de abrir y me dio tiempo a meterme debajo de la cama.

Empecé a reír, y me tapé la boca porque no quería que me escucharan. Y es que me imaginaba a un joven Athol a medio vestir, tan alto, escondiéndose debajo de la cama de una adolescente.

—Ríete, pero lo pasé mal. ¿Te puedes creer que la hermana se quedó allí contándole a mi novia que su novio la había engañado con otra chica? Qué llorera tenía la pobre, y claro, mi chica no iba a decirle a la hermana con el drama que tenía encima que se fuera. Así que le dijo que bajaran a preparar unas palomitas para ver una peli, lo que me dio tiempo a mí para vestirme, bajar hasta la puerta y salir de allí.

—¿No se enteró de nada? —pregunté.

—No, bastante tenía ella con su llantina.

Reímos por lo que me acababa de contar y, tras un beso, se vistió y se fue a su habitación.

Y lloré, porque me encantaba que compartiera conmigo esos recuerdos y los momentos de risa, pero me venía a la mente todo lo que tenía que callarme y me derrumbaba.

Me levanté para ponerme el pijama, entré al cuarto de baño a lavarme la cara y me acosté, deseando que mi vida fuera otra. Una en la que lo que tanto deseaba pudiera hacerse realidad.

Era un imposible, lo sabía, porque algo así destruiría todo lo bonito que estaba viviendo.

Capítulo 9

Miércoles y esa mañana quise acompañar a Cailen a llevar a los niños al colegio, así que me di una ducha, me vestí un poco más arreglada de lo normal y fui a despertar a mis niños.

Tras la rutina diaria bajamos a desayunar y al verme todos se sorprendieron, hasta que les dije lo que había pensado. Colina me sonrió.

—Así aprovecho y llevo yo el jarrón de flores —dije.

Athol había salido temprano, al parecer tenía algo planificado para primera hora del día en el hospital y se marchó tras un desayuno rápido.

Los niños estaban emocionados, deseaban llegar al cole y darle los regalos a su profesora.

—Le van a encantar las flores, Cinnia —me dijo Betha—. Siempre tiene una en la mesa.

—Y las galletas, porque las de Colina están muy ricas —comentó Bean.

—Claro que sí, le van a encantar las dos cosas. Venga, ¿listos para irnos? —pregunté y ellos se levantaron de la mesa y cogieron sus mochilas.

Cailen llevó el jarrón con las flores hasta el coche mientras yo me encargaba de las galletas.

Los niños se sentaron en sus sillitas y vi a Cailen abrocharles los cinturones. Jugaba con ellos y les hacía reír con sus bromas, me pareció que ese hombre algún día sería un padre estupendo. Claro, que a lo mejor ya tenía familia y yo no lo sabía.

—¡Dámelo! —Escuché a Betha gritar en el asiento trasero y me giré para ver qué pasaba.

—¡Que solo lo estoy viendo! —protestó Bean.

—¿Se puede saber qué os pasa ahora? —pregunté.

—Que me ha quitado el cuento.

—Bean, no seas malo y dale el cuento a Betha, anda, cariño.

—Vaaaleee—contestó entregándole el libro a su hermana, que lo cogió con el ceño fruncido.

Ví que era el cuento que les había estado contando la noche anterior, y entendí lo que ella trataba de hacer, leer algo por sí sola.

Sonreí y cuando miré a Cailen, supe que estaba pensando lo mismo que yo, así que me propuse ayudarles a los dos a que pudieran leer los cuentos que yo les leía.

Llegamos al cole y al verme bajar del coche con Cailen y los niños, muchas madres se sorprendieron. Cogí el jarrón y fui con mis niños hasta donde estaba la profesora y la saludé, me recordó del fin de semana que habían ido al campamento y al coger el jarrón me dio las gracias.

—Y las galletas, profe, para que almuerces con nosotros —dijo Bean, dándole la bandeja.

—Muchas gracias, Bean. Este es el mejor cumpleaños de todos los que he tenido —contestó ella.

Algunas madres se acercaron a saludarme, Betha y Bean me presentaban como su niñera y ellas sonreían.

Me despedí de los mellizos que me habían robado el corazón cada día que pasaba un poquito más y volví al coche con Cailen para regresar a casa.

—¿Estás casado, Cailen? —le pregunté poco después.

—No, una vez estuve a punto, pero nos dimos cuenta que sería una locura y decidimos romper hasta la relación.

—Vaya, ¿fue hace mucho?

—Como unos... veinte años.

—¡Joder! —grité sorprendida— Perdón.

Cailen empezó a reírse y me contó un poco esa historia. Tenía veintiocho años cuando casi se casa, llevaba tres saliendo con esa chica, pero resultó que eran más amigos que otra cosa y más que estar enamorados, era cariño el que había entre ellos. Se dieron cuenta a tiempo y siguieron caminos separados.

—Ahora ella está felizmente casada desde hace quince años y tiene tres hijos. Soy el padrino de la mayor —me contó.

—Eso es muy bonito, Cailen.

—Sí, adoro a mi ahijada, tiene doce años y es como una hija para mí. Si algún día le hace pasarlo mal cualquier chico... espero que tenga un buen seguro dental.

—¡Qué bruto eres!

—Vale, no le dejaré sin dientes, pero te aseguro que se le quitaran las ganas de hacer daño a otra chica —me dijo muy serio.

—Sabes que es inevitable que nos demos un buen golpe contra un muro cuando salimos con alguien, ¿verdad?

—¿Hablas por experiencia? —preguntó.

—Es lo más normal que le puede pasar a cualquiera. A ver, ¿has estado con alguna mujer después de ella?

—Claro, no soy monje, pequeña.

—Ya imagino, pero me refiero a que si has tenido una relación duradera.

—Una, pero le ofrecieron un trabajo fuera y yo acepté que se marchara.

—¿Por qué no te fuiste con ella? —pregunté.

—Porque mi vida estaba aquí, siempre lo estará. Athol es como mi hermano pequeño, no puedo dejarle. Y no quise cortarle a ella las alas y privarla de vivir.

—Cailen, sigues enamorado de ella —no lo pregunté, lo afirmé porque lo noté en su voz.

—Es feliz, tiene una buena vida y una maravillosa familia.

Supe que no iba a seguir hablando y respeté su silencio. Sabía lo difícil que era amar a una persona y tener que decidir entre lo que tú querías y lo que la otra parte necesitaba.

Miré por la ventana el resto del camino y cuando llegamos a la casa subí a ponerme cómoda y fui

a pasear por los jardines.

Se notaba el frío del invierno y recordaba los paseos que solía dar con mi padre por el parque antes de que la enfermedad le atacase.

Acabé el paseo y me senté en uno de los columpios, pensando en lo que me había llevado hasta esa casa y en todo lo que había encontrado en ella.

Las palabras de Athol me vinieron a la mente, odió la mentira que había sido su vida junto a Alis, no soportaba que le engañaran y sabía que yo no lo haría.

Y la verdad que yo guardaba... Pesaba en mi conciencia como una de esas cadenas que llevaban los presos de la antigüedad con una bola al final de ella.

—¿Qué haces aquí? Vas a coger frío —escuché a Dallis y me giré sonriendo, tenía que camuflar mi tristeza, una vez más.

—Salí a pasear y acabé aquí —contesté encogiéndome de hombros.

Dallis se sentó en el columpio de al lado y se encendió un cigarrillo, me sorprendí al verla y ella se encogió de hombros.

—En la casa no lo hago, y por suerte solo me fumo uno al día, o sea, el de esta hora, que es en un descanso que me tomo para salir a que me dé un poco el aire.

—No diré nada, si es lo que te preocupa.

—¡No, tranquila! Todos saben que fumo, por eso no hay problema.

Nos quedamos un momento allí las dos, calladas, meciéndonos despacio en el columpio como si fuéramos dos niñas.

—Este es el rincón favorito de Betha —me dijo de repente.

—¿Sí?

—Sí. Cuando se enfada con Bean, muchas veces se viene aquí a estar sola, pero no lo está. Estate tranquila, porque si no es Cailen, es Bors o yo misma quienes la seguimos y vigilamos de cerca.

—No la he visto venir nunca.

—Porque desde que estás en la casa, esos niños son otros, igual que su padre. Tienen un vínculo muy especial contigo, te ven como a una hermana mayor o algo así.

Empecé a reír y Dallis me miró sorprendida. Me disculpé y le conté lo que nos pasó en la cafetería el día que llevamos a los niños al colegio para que fueran al campamento.

—¡No! ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó.

—En absoluto, esa chica lo dijo tan seria que Athol le contestó como si realmente fuera mi padre.

—Pero, ¿cómo vio esa muchacha a Athol de mayor? Si podría pasar por un hombre de treinta y tantos. ¡De verdad!, qué mal tiene la vista algunas personas.

—Eso pensé yo —contesté aun riendo.

—Ni caso, que no parece tu padre. Aunque reconozcamos que el jefe es un papá muy sexy —guiñó el ojo tras decirlo y se levantó para volver a la casa.

Me gustaba esa pelirroja, no solo era amable y divertida, sino que además era de lo más cariñosa con los niños, igual que todos en esa casa.

Entré poco después de que Dallis se marchara y ayudé a Colina con la comida, me pidió que pusiera la mesa, pero solo para los que estábamos en la casa, o sea que Athol tampoco comería con nosotros ese día.

Después de comer me senté en el sofá del salón a leer una revista que me había prestado Colina, y cuando llegó Cailen con los niños los escuché peleando.

Fui a la entrada y traté de calmarlos a ambos, en ese momento entró Athol en la casa y cuando los niños iban a llegar a las manos me interpose entre ellos para evitarlo. Cogí a Betha mientras Cailen sujetaba a Bean y escuché a Athol hablar.

—Cinnia, no te metas. Vete a la cocina con Colina, por favor.

Miré a Athol y sentí un dolor en el pecho inmenso en ese instante. No porque me hubiera prohibido meterme a separar a los niños, sino porque... Bueno, porque no pintaba nada tratando de hacer que los niños no se pelearan.

Los dejé allí y entré en la cocina hasta que Cailen, vino a decirme que me subiera a los niños para prepararlos antes de cenar, y eso hice.

Mis niños estaban los dos llorando, pero sin hacer el más mínimo ruido.

Los llevé a la habitación, se bañaron y pusieron el pijama, les abracé a ambos a la vez y no pude contenerme.

—Os quiero mucho, pero me duele veros pelear —susurré.

—Ya no lo haremos, para que papá no te vuelva a gritar —me dijo Bean.

—¡Oh, cariño! No me ha gritado, y menos por vosotros, pero tienes que entender que a él también le duele ver que os peleáis. Sois hermanos y tenéis que cuidar el uno del otro.

Ambos asintieron y yo solo esperaba que realmente me hubieran entendido y que no siguieran peleando más.

Bajamos a cenar con Athol y nadie dijo una sola palabra, él miraba a los niños y a veces a mí, pero no decía nada.

—Vamos a la cama, niños —les dije después de cenar—. Dad las buenas noches a vuestro padre.

Hicieron lo que les pedí y cogiéndome cada uno de una mano, subimos a su habitación donde me senté en la cama de Bean, con él a un lado y Betha al otro y empecé a leerles el cuento despacio mientras movía el dedo por encima de cada palabra para que ellos pudieran leerlo conmigo, aunque fuera en voz baja.

Se quedaron dormidos apoyados en mis hombros, sujeté la cabeza de Bean y la coloqué en la almohada y después cogí a Betha en brazos, me levanté y la acosté en su cama.

Cuando salí al pasillo no vi a Athol, así que imaginé que esa noche no vendría a verme, pero me llevé una sorpresa cuando entré en mi habitación y le vi sentado en la cama, apoyado en el cabecero, con el pijama puesto, mientras veía la televisión, tan tranquilo.

—¿Qué haces?

—Esperarte. Venga, ponte el pijama que vamos a ver una peli.

Sonreí negando, cogí el pijama y entré a cambiarme al cuarto de baño. Cuando salí, Athol estaba mirándome como diciendo “¿En serio has entrado a cambiarte para que no te vea?”. Pero a ver, a mí me seguía dando vergüenza que me viera desnuda.

Palmeó el colchón, a su lado, y ahí que fui yo a sentarme para ver la peli con él.

Acabamos recostados, yo apoyada en su pecho y él con su brazo sobre mis hombros.

Casi no me enteré de la película porque no dejaba de machacarme a mí misma diciéndome que estoy no podía seguir pasando, que no merecía que me diera ese cariño y se portara tan bien conmigo, cuando yo no era sincera con él.

Cuando acabó la película me hice la dormida, así que Athol me dio un beso en la frente, me recostó en la almohada y salió de mi habitación sin hacer ruido.

¿Por qué me había hecho la dormida? Porque no quería que me preguntara el motivo de mi cara de tristeza, sencillamente por eso.

Jueves, ducha rápida, ropa cómoda y a despertar a mis niños.

Aseo, uniformes, trenza para Betha, a juego con la mía y bajamos a desayunar.

El salón estaba en silencio, ni siquiera vi a Cailen tomando el café. Dejé a los niños sentados en la mesa y fui a la cocina, donde encontré a Colina preparando el desayuno.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, Cinnia. Ahora mismo os llevo los desayunos.

—¿Y Cailen?

—Cambiando una rueda del coche que ha visto que está pinchada, después de llevar a los niños al cole se acercará al taller.

Cogí las galletas y las llevé para que los niños empezaran a comer algo, en cuanto Colina llegó con la leche y el resto de comida me senté con ellos a la mesa.

Cailen entró a recoger a los niños y se despidieron de mí con un abrazo.

Recogí la mesa y en cuanto acabé subí para hacer mi habitación, no era mi trabajo, pero no me costaba hacerlo y ayudar a Dallis.

Terminé y fui a la cocina, donde le pregunté a Colina si necesitaba ayuda con la comida, me dijo que sí y me puso a cortar zanahorias y unos pimientos.

Pasé la mañana con ella preparando un plato que me dijo era receta de una tía suya que la había enseñado a cocinar, y es que, como yo, Colina tuvo que crecer sin madre desde joven, así que todo lo que sabía de cocina era por las enseñanzas de su tía.

Puse la mesa, comimos todos menos Athol y cuando acabamos me fui de nuevo al sofá a leer hasta que llegaron los niños.

—Hoy en el cole nos han pedido un dibujo de nuestra casa —me contó Betha mientras se bañaba.

—¿Sí? —pregunté y ella asintió— ¿Y qué tal os ha quedado?

—Muy bien, sobre todo los columpios.

Nos reímos y cuando la saqué de la bañera y la ayudé a secarse, la dejé vistiéndose y peinándose un poco mientras bañaba a Bean.

—Cinnia, ¿jugamos al veo, veo? —me preguntó él.

—Claro, me gusta mucho ese juego. A ver, ¿quién de los tres empieza?

—¡Yo! —gritó Betha.

—Vale, empieza tú, luego yo, y después Cinnia —dijo Bean, le miré sorprendida porque era la primera vez que no le veía protestar porque quisiera empezar su hermana.

—Veo, veo... —dijo ella sonriendo.

—¿Qué ves? —preguntamos Bean y yo.

—Una cosita...

—¿Por qué letra empieza? —dijo Bean.

—Por la letrita, letrita... C —contestó ella.

Bean y yo estuvimos mirando alrededor un buen rato buscando qué podía ser.

Dijimos champú, colonia, cepillo, cortina y así unas cuantas palabras hasta que nos dimos por vencidos.

—Cordones —nos dijo Betha, señalando los de mis zapatillas, con una cara de esas que dice “obvio, bobos”, que me hizo estallar en una carcajada.

Bean también rio porque claro, nos habíamos centrado en lo que había en el baño, no en lo que lleváramos cada uno puesto.

Cuando le tocó a él también lo puso difícil, y es que me habían cogido los dos a mí para buscar palabras.

Ya podíamos estar Betha y yo buscando palabras con la L, que no íbamos a adivinar que era un

lunar que tenía yo en el cuello ni, aunque nos quedáramos toda la noche en ese cuarto de baño.

—Venga, te toca Cinnia —me dijo Betha, después de que le secara el pelo.

—Vale, allá voy. ¿Preparados?

—¡Sí! —respondieron los dos.

—Veo, veo...

—¿Qué ves?

—Una cosita...

—¿Por qué letra empieza?

—Empieza por la letrita... —Miré bien alrededor a ver qué podía ser lo más difícil que ellos ni adivinaran y sonreí al dar con la palabra— M.

Bean y Betha se miraron el uno al otro y después el cuarto de baño, incluso en la habitación.

Dijeron de todo, desde manilla, por la de las puertas, hasta manta refiriéndose a las que tenían ellos en sus camas.

Nada, que no daban con ella y yo sonriendo.

Bajamos a cenar y Athol estaba sentado a la mesa esperando. Comimos mientras ellos seguían preguntándome por las palabras de lo que recordaban que tenían en la habitación, pero no daban con ella.

—Buenas noches, papá —se despidió Bean, después lo hizo Betha.

Athol le dio un beso a cada uno y cogidos de mi mano subimos para que se acostaran.

—¿Seguís sin saber qué es? —pregunté, y ellos asintieron— ¡Monstruitos!

Al saber que me refería a ellos, y que empecé a hacerles cosquillas, rieron a carcajadas antes de meterse en la cama de Betha, los dos conmigo y es que esta vez tocaba tumbarnos a leer.

Poco a poco les fui ayudando a que leyeran las palabras, hasta que me pidieron que se lo contara y acabaron quedándose dormidos.

Llevé a Bean a su cama y salí sin hacer ruido.

Entré en mi habitación y Athol me esperaba allí, en mi cama y de nuevo sonriendo.

Me puse el pijama, me metí a su lado y puso la televisión, pero no hicimos mucho caso puesto que empezamos a hablar de los niños.

Quería llevarlos ese fin de semana a la buhardilla y que yo lo pasara con ellos, pero, claro, ahí había solo una cama y yo no creía que fuera buena idea que durmiéramos Athol y yo juntos, aunque estuvieran los niños.

—Será como ir de acampada —me dijo—. Además, a los niños les hará mucha ilusión que pases esos días con nosotros.

—Bueno, lo pensaré.

—Vale. ¿Qué tal se portan los niños por la mañana?

—Bien, no son tan malos como crees, pero no dejan de ser niños y hacer pequeñas trastadas.

—¿Pequeñas trastadas? Me contó Cailen el otro día lo del confeti, eso es una putada, creo que hasta tenía confeti por dentro de la camisa.

Me reí porque Cailen no me había contado nada de eso, pero sabiendo que los niños eran unos pequeños diablillos, o monstruitos como los llamaba el hombre de confianza de Athol, cualquier cosa podía imaginarme.

Le pregunté qué tal en el trabajo y me dijo que había tenido que operar de urgencia a una niña pequeña, de tan solo siete años, con un problema de corazón que no le detectaron a tiempo y que se le había empeorado.

Afortunadamente él era uno de los mejores cardiólogos y había conseguido no solo salvar a la pequeña, sino proporcionarle una nueva forma de vida y que la llevaría de forma sana, creciendo feliz como debería hacer cualquier niño.

Athol empezó a acariciarme la espalda hasta que me pidió que me tumbara en la cama boca abajo. Lo hice y se sentó a horcajadas sobre mi culo, me levantó la camiseta y me dio un masaje en la espalda, que hizo que me relajara por completo.

Eso era una maravilla, noté como si se me fueran destensando todos los músculos del cuerpo y empezaron a pesarme hasta los párpados. Hacía lo posible por mantenerme despierta, pero me costaba, me costaba mucho.

Las manos de Athol eran suaves y se movían tan despacio y tan bien, que era difícil no acabar durmiéndose mientras ese hombre hacía magia.

Se inclinó, me besó el cuello y después la mejilla.

—Buenas noches, preciosa —susurró en mi oído, pero yo estaba tan a gusto y casi dormida, que ni siquiera me despedí de él cuando noté que me colocaba la camiseta y poco después escuché la puerta cerrarse.

Ese hombre era un regalo para cualquier mujer y yo, era la afortunada que recibía sus atenciones.

¿Se podía sentir una persona afortunada y miserable a partes iguales? Pues sí, porque yo me sentía así.

Era afortunada de tener a ese hombre por el que cada vez sentía más cosas y miserable, porque él no se merecía que me comportara como si todo fuera maravilloso.

Me tapé la cara con la almohada y empecé a llorar, tenía que hacer algo, y por mucho que me doliera, tendría que ser pronto. Me odiaría, le dolería igual que a mí, pero se le pasaría, mejor hacerlo ahora que no cuando fuera demasiado tarde. Aunque, si lo miraba bien, para mí ya era demasiado tarde, tal vez para él también, pero si esperaba más tiempo el dolor sería mayor.

Tenía que hacerlo, tenía que poner remedio a esta situación que yo solita había buscado.

Capítulo 10

No podía más, tras darle de desayunar a los niños, prepararlos y que se los hubieran llevado al colegio, me fui a la habitación, saqué un folio y un bolígrafo e hice lo más digno que podía hacer en esos momentos, y es no seguir donde la mentira formaría parte de nuestras vidas.

“Querido, Athol.

Vine buscando todo aquello que faltaba en mi vida, con la ayuda de un amigo que tenemos en común y que fue el que me recomendó a ti, pero todo por algo que no sabes.

Jamás quise hacer daño a tu familia, solo buscar el consuelo de algo que no me pertenecía, necesitaba estar aquí, a pesar de saber que no tenía derecho a eso por algo que desconoces.

No soy quien crees, no soy la persona inocente y llena de juventud, ni mucho menos. Estoy muerta en vida, condenada a vivir sufriendo por algo que hice un día y que me azotará el resto de mi vida.

No debí jamás haber permitido que entre nosotros pasara algo, más que nada, porque iba disfrazada de mentira, pero me enamoré. Fue un amor a primera vista, un flechazo, llámalo como quieras, todo lo sentí de verdad, al igual que mi primera vez. Te mentí, jamás había estado con nadie, jamás había entregado mi cuerpo a ningún hombre, jamás pasé de un abrazo, beso o caricia, lo hice para que no tuvieras miedo a hacerlo conmigo.

Pero no te mereces estar conmigo, no por esa tontería que fue una mentira piadosa para no parecer más cría de lo que era. La vida me golpeó tan fuerte, que tuve que hacer algo que vivirá para mí siempre, no me arrepiento, a pesar del peaje tan caro que tuve que pagar y que pagaré el resto de mis días.

No te mereces estar con una persona que también te mintió y, mucho peor, que no vino con la verdad por delante para coger este trabajo a costa de todo, a costa hasta del sufrimiento que te podría haber ocasionado, que no solo yo, sino otra persona te hubiera defraudado.

Te amo con todas mis fuerzas, os amo, como a esos pequeños que tienes por hijos y que son tu mayor tesoro. Aunque no les tengas paciencia, eres el mejor padre del mundo, te lo digo yo, que tuve uno que no lo cambio por nada.

Me voy porque sé que es lo más digno que puedo hacer y porque no encuentro otra forma de sanar la gran mentira que soy y hasta donde la he llevado, no tengo derecho a estar en vuestras vidas, no tengo derecho a nada y vosotros no os merecéis que yo os haga eso.

Aférrate a esos dos ángeles que son los únicos que jamás te fallarán, olvídate de mí que no me merezco a alguien como tú, como vosotros.

No hace falta que me pagues el poco e intenso tiempo que estuve a vuestro lado, me has cuidado como nadie jamás lo hará.

Ahora me toca partir e intentar labrarme una vida, empezar de cero, vivir con vuestro recuerdo que es lo más bonito que me ha pasado en la vida, ahora me toca dar carpetazo a la decisión que tomé un día y que no respeté saltándome todo por alto.

Te he querido como jamás podrás imaginar y te voy a querer toda mi vida por muchas razones, entre otras, porque eres el todo de mi todo, no lo entenderás, pero es lo más bonito que puedas ser del mundo entero.

Gracias por todo y perdóname, por favor, no me odies, ya tengo un castigo muy grande como penitencia para siempre como para que tampoco me perdones, pero sé feliz, hazlo por ti, por los niños y, sobre todo, porque te lo mereces.

Me voy con el corazón roto, sin saber qué camino tomar, a dónde ir, o por dónde empezar. Con lo poco que tengo debo darme prisa para conseguir un trabajo y poderme mantener, sola, como me merezco.

Cuidaros mucho, cuidaros porque no os merecéis otra cosa y ojalá encuentres en la vida una persona como querías, sin mentiras, de corazón.

Te llevaré siempre en lo más profundo de mi ser.

Cinnia”

Lloraba como una niña pequeña, llamé para pedir un taxi y bajé con las maletas, Dallis al verme se puso las manos en la boca.

—Pasó algo y tengo que volver a Edimburgo urgentemente.

—¿Has hablado con Athol? —me preguntó.

—Sí —mentí—. En el cuarto tiene una carta, por favor, dile que la lea.

—Claro —dijo ayudándome con las maletas.

Colina se asomó al escucharnos y vino a abrazarme, me dijo que los niños se iban a morir de pena y que ojalá volviera pronto.

Me monté en el taxi llorando como una niña pequeña, en el banco me quedaba lo justo para poder sobrevivir un mes como mucho, pero tenía que empezar de cero, buscar algo y comenzar una vida sin mentiras, sin engaños, sin nada que no me hiciera tener ese sentido de la responsabilidad de todo lo mal que lo había hecho.

Lloré como nadie durante todo el trayecto, le tuve que decir al taxista que un familiar se había muerto y mentir como una bellaca.

Llegamos a Edimburgo y me dejó en un hostel muy barato que vi por *Internet*, me dieron una habitación para una semana como pedí, la pagué y me metí en ella, a llorar y llorar de pena, a soltar esa rabia de saber hasta dónde había sido capaz de llegar con esa mentira. Me maldije, me quería dar dos cabezazos, pero no, tenía que ser valiente y aceptar que ahora sí, tenía que cerrar ese capítulo de mi vida.

Capítulo 11

Athol

No me podía creer lo que me estaban diciendo Dallis y Colina, cuando llegué a casa, no entendía nada y mucho menos eso de que me había avisado.

Fui hacia su habitación y cogí la carta, me puse a leerla incrédulo, no entendía nada, no podía comprender ni una palabra de aquello que hablaba, de esa mentira y de que no me la merecía.

Me faltaba el aire, ni comí, le pedí a Dallis que cuando llegaran los niños se encargara de ellos.

Subí y me metí en la buhardilla, cogí un cigarrillo y eso que hacía mucho tiempo que no fumaba, pero siempre tenía una cajetilla por si acaso me apetecía uno.

Me lo fumé llorando, mirando por la ventana, cogí el móvil y la llamé, lo que me faltaba era escuchar eso, un mensaje diciendo que ese teléfono había sido dado de baja.

Se me ocurrió algo y es que tenía un amigo taxista, le dije que investigara, por favor, a dónde habían llevado una recogida en la puerta de mi casa, me dijo que me llamaría en un rato y eso hizo. Diez minutos después me dio la dirección de un hostel en Edimburgo y me hizo saber que el compañero le había dicho que la chica fue todo el trayecto llorando y le dijo que era porque había fallecido un familiar, imagino que se inventó eso por lo que estaba sufriendo.

No podía quedarme de brazos cruzados, la semana que no fui a trabajar era de horas que me debían y aún tenía dos semanas por gastar de vacaciones así que llamé a mi compañero, le comenté que tenía un problema y que necesitaba los cuatros días del resto de la semana para solucionar algo. Me dijo que no había problema, además yo era el jefe de cardiología y sabía que estaba todo bien, podía permitírmelo sin agobios.

Preparé una mochila con algo de ropa, pues a primera hora de la mañana saldría para Edimburgo, la iba a buscar, me tenía que explicar todo, no me podía dejar así, destruido y con un dolor en el corazón de esos que son insoportables.

Me eché una copa de *whisky*, mi cabeza iba a explotar, sentía que mi mundo se había venido abajo, que nada tenía sentido y que no podía estar pasándome otra cosa en mi vida que me impidiera volver a levantar cabeza.

No se había acostado con nadie y yo ahora me sentía un cerdo sin escrúpulos, tenía unas sensaciones que me daban asco a mí mismo.

¿Qué mentira sería esa de la que hablaba y que era tan fuerte como para cargarse algo tan bonito que había pasado entre nosotros?

Es que no entendía nada, leía una y otra vez la carta derramando una y mil lágrimas, aquello era demasiado doloroso de soportar, de amarnos como locos, a separarnos de esta forma tan dura.

Quería saber la verdad, quería saber qué había pasado, qué mentira era esa para que pudiera afectarnos de aquella manera, pues yo sabía que ella me amaba, lo había sentido claramente, no tenía ni la más mínima duda.

Bajé más tarde a cenar con los niños, le dije que me tenía que ir a Edimburgo uno o dos días, quizás tres, pero que se tenían que portar bien.

No dejaban de preguntar por Cinnia y les dije que se había tenido que ir a cuidar a un familiar que estaba enfermo. Ellos solo querían saber cuándo iba a volver y a mí aquello me partía el alma.

Tras la cena los llevé a la habitación y les conté un cuento, casi rompo a llorar, pero aguanté como pude, el dolor era insoportable.

Esa noche fue una de las peores de mi vida, me levanté mil veces, no dormía una hora seguida y maldecía no haberme ido la misma tarde anterior.

A las seis de la mañana ya estaba tomando un café, me quería ir lo más temprano posible, pues cada hora me pesaba, cada minuto me mataba y cada segundo sentía que corría en mi contra.

Bajé con la mochila y la dejé en el pasillo, entré a la habitación de los niños y me despedí con un beso mientras dormían plácidamente.

Me monté en el coche y salí hacia la carretera que me llevaría hasta Edimburgo. No pensaba volver hasta saber la verdad, me doliera lo que me doliera, pero más dolor del que estaba soportando en esos momentos no lo iba a pasar, así que, si ella no había sido capaz, yo conseguiría que me abriera su corazón, costara lo que costara.

El camino se me hacía duro, no dejaba de llorar ni de pensar en los momentos vividos al lado de ella, para mí había sido como devolverme la vida, por eso ahora me sentía como si me la hubiera arrebatado de golpe y no, no era capaz de encontrar una sola razón que le pudiera pasar o que me hiciera mal como para no perdonarla.

Eso del amigo en común que consiguió su trabajo no lo entendí, no sabía a quién se refería, se suponía que ella lo había visto en la empresa de anuncios, que no sabía ni de quién se trataba, no sé, era todo muy raro y yo me estaba haciendo un cacao impresionante intentando sacar una conclusión de sus palabras.

El camino era de tres horas, las peores de mi vida, ni siquiera cuando me pasaron las cosas con mi mujer sentí esto que sentía en estos momentos y que me destrozaban por completo. Era incapaz de dejar de llorar como un niño pequeño que se encuentra solo y sin consuelo, era incapaz de aceptar que todo había terminado y que no la volvería a tener más entre nosotros.

No eran ni las diez de la mañana, cuando ya estaba aparcado en la puerta del hostel donde se

suponía que ella estaba alojada. Decidí quedarme ahí hasta que la viera aparecer, así que me senté en la cafetería que había en la puerta de al lado, afuera, en la terraza, de ahí no me movería hasta verla aparecer o en su caso me buscaría la forma de averiguar su habitación cogiendo otra. Sin su autorización no me iban a decir nada de ella, así que tendría que saber su número de habitación empleando otros métodos, de eso era consciente.

Capítulo 12

No había pegado ojo en toda la noche, había llorado como una cría que está sola en el mundo y no sabe para dónde tirar, con el miedo a saber que tenía los días contados por el dinero del que disponía y que podía verme viviendo en la calle, así que pese al dolor tenía que espabilar y salir a buscar empleo a través de alguna empresa temporal de colocación, donde te consiguen uno y se quedan una parte mínima de tu sueldo, pero de algo tenía que tirar.

Ni había desayunado, no me podía permitir el lujo de gastar por gastar, ahora me pagaría un café y me esperaría al almuerzo para llevar algo a la boca. En el fondo no tenía ni hambre, ni ganas de nada, pero bueno, por lo que le prometí a mi padre, tenía que salir adelante como la guerrera que él vio siempre en mí.

Me puse unos vaqueros con unas botas altas, hacía mucho frío, además de un jersey de cuello alto y un buen abrigo, más o menos sabía dónde quedaba la oficina para apuntarme y que me consiguieran un empleo, tenía que caminar bastante, pero me daba igual, no quería gastar en transporte innecesariamente, ya el taxi del día anterior me había costado gran parte de mis pocos ahorros.

Salí del hostel y al girarme hacia la derecha me topé con él, ahí estaba Athol. No me lo podía creer... ¿Cómo había averiguado dónde estaba?

Me quedé inmóvil viendo cómo él se levantaba de la silla, dejaba unas monedas en la mesa y venía hacia mí, pálido y con los ojos hinchados de haberse hartado de llorar.

—Cinnia —dijo en voz baja acercándose a mí y mirándome con un dolor indescriptible en sus ojos.

—Athol —comenzaron a caer las lágrimas sobre mis mejillas y no dudó en limpiarlas y abrazarme.

Me abrazó, sin importarle nada. No quería que llorara, pero él rompió a llorar abrazado a mí sin importarle estar en medio de la calle ante la vista de todos.

Se separó y me cogió las dos manos.

—Tenemos que hablar, ¿verdad?

—No puedo —dije entre lágrimas.

—¿Te puedo pedir solo un favor? Si es verdad que lo que has sentido por mí fue de verdad y que aprecias a mis hijos, quiero pasar el día contigo a solas, quiero que hablemos, no llegues más allá de donde no quieras, pero necesito comprender algo.

—No puedo, Athol —me puse las manos en la cara para llorar desconsoladamente.

—Móntate en mi coche por favor —me abrazó—, vámonos donde no haya nadie, te lo suplico.

Afirmé con la cabeza, no podía ver cómo me suplicaba, no podía permitir que hubiera venido hasta aquí y dejarlo con ese dolor que me transmitía y que me partía en dos.

Nos montamos en su coche y salimos de allí, condujo hacia las afueras de Edimburgo y aparcó el coche a un lado de la carretera, en una zona de descanso solitaria.

Apagó el motor y nos bajamos, nos sentamos sobre una valla de madera, él apoyado en ella y yo frente a él en silencio, incapaz de decir nada.

—¿Qué pasó, mi vida? —preguntó cogiendo mis manos y llevándolas a su boca para besarlas mientras yo no dejaba de llorar.

—No puedo contártelo, no puedo —le decía llorando y con el corazón en un puño.

—¿Tan grave es lo que hiciste?

—Sí —murmuré mirándolo entre lágrimas.

—¿Es un delito que te pueda llevar a la cárcel? —preguntó preocupado.

—No, no es nada de eso —contesté derrumbándome por completo y cayendo de rodillas al suelo para encogerme como una niña pequeña.

—Vida mía, no, no te quiero ver así, déjame ayudarte, todo tiene solución en la vida.

—No la tiene —me agarró por los hombros para levantarme y me pegó a él, que lloraba con desesperación.

—¿Tanto daño me harías a mí contándomelo?

—Sí, mucho —dije con rabia y él me acercaba para abrazarme, estaba desesperado.

—Escúchame —cogió mi rostro con ambas manos con cariño y me miró fijamente—. Te prometo que no sé de qué se trata, pero créeme si te digo que no te reprocharé nada. Necesito entender, Cinnia, necesito entender, no puedes irte de mi vida después de lo que pasó entre nosotros y que digas que me amas, pero nos dejas como si no te importáramos.

—Me importáis más de lo que imagináis, pero no puedo estar en vuestras vidas y nunca debí ir allí —me eché a llorar desconsoladamente y me volvió a abrazar.

—¿Has desayunado?

—No, no tengo ganas.

—¿Hacemos una cosa?

—Qué...

—Quiero que te tranquilices, no tengo prisa por volver a Edimburgo, hasta la semana que viene no trabajo. Vamos a desayunar y calmarnos, vamos a irnos a tu hostel, me registro en tu habitación como segundo huésped y hablamos tranquilos, estás tiritando de frío y no quiero que lo estés pasando mal. Podemos hablar por la tarde, o mañana, pero déjame estar a tu lado.

—¡No puedo hablar! ¡No puedo! —grité con rabia, con dolor y metí tal puñetazo a la valla, que me hice daño en la mano y comenzó a hincharse.

—No, no hagas eso, por favor —me agarró con fuerza desesperado y pegándome a él, con todas sus fuerzas.

Me cogió la mano, la miró y me dijo que debíamos ir a urgencias, que uno de los dedos tenía muy mala pinta.

No me dio opción a decidir, me abrió la puerta del coche, me metió y salió pitando a un hospital privado de Edimburgo, en donde trabajaba en colaboración en algunos casos.

Tal como llegamos lo reconocieron y nos hicieron pasar a placas, tenía un dedo astillado, pero nada grave, me pusieron un inmovilizador de aluminio que tenía que llevar siete días y me recetaron unas pastillas para el dolor.

Lo que más me dolía no era la mano, ni el dedo, era él, verlo así con esa desesperación por mi culpa. Jamás debí haber ido a las *Highlands*.

Salimos de allí y fue directo hasta el hostel, me pidió que, por favor, no lo echara hoy, que no se iba a ir, así que paró en la puerta y antes de entrar nos tomamos un café y me obligó a comer un poco de pan.

Me acariciaba la mano por encima de la mesa y yo me derrumbaba, tener contacto con él, removía todo aquello que había sentido a su lado, era muy fuerte todo.

Entramos al hostel y se registró en mi habitación, no tuvo que pagar ya que era una habitación doble la que yo tenía y costaba igual, tanto para una o dos personas.

Entramos y dejó su mochila a un lado, se quitó el abrigo y se sentó al borde de la cama mientras yo me quitaba el mío, luego me cogió de la mano y me hizo sentar a su lado.

—¿Estás más relajada?

—Sí —murmuré mirándolo con una tristeza que no podía quitar de mi alma.

—¿No confías en mí? —agarró mi mano.

—Sí, claro que sí, pero no quiero causarte más dolor que el que te he causado egoístamente —se echó un poco más hacia atrás y yo también, nos pusimos encima de la cama, uno frente al otro con las piernas cruzadas, él tenía agarradas mis manos acariciándolas con mucho cariño.

—Más daño que el llegar, no verte y encima leer tu carta, no me lo hará nada en el mundo. Solo quiero que me abras tu corazón y te olvides de las consecuencias, estoy a tu lado y voy a intentar

entenderte en todo.

—Sé que, cuando te lo cuente, te vas a marchar odiándome, que no me vas a perdonar en la vida y el daño será más grande.

—Déjame que sea yo quien decida lo que me puede afectar o no, confía en mí, te repito que, si hay la más mínima posibilidad de que se solucione y de que nos contemos toda la verdad, lo haremos. Hay algo que yo jamás te conté, pensé hacerlo, pero no veía el momento, quizás ahora es el momento de que abramos nuestros corazones.

—No hace falta que me lo cuentes Athol, lo sé.

—¿Qué sabes?

—Lo sé —comencé a llorar y me abrazó.

—No te entiendo, por favor, déjame que lo haga.

—De acuerdo —dije apretando los ojos fuertemente, mientras las lágrimas seguían saliendo sin importar la fuerza que hiciera—. Estoy preparada para que me digas todo lo que me tengas que decir, pero después de que me escuches, solo te pido que no me odies, actué desde la desesperación —le apreté las manos con fuerza.

—Por supuesto que no te odiaré.

—Todo paso hace seis años, yo vivía con mi padre. Era la única familia que tenía, siempre estaba enfermo y yo me dediqué a cuidarlo. Vivíamos con muy pocos recursos, solo la pequeña paga que le quedó después de haber trabajado toda su vida, ni siquiera una casa en propiedad teníamos, así que yo dejé de estudiar para dedicarme a él —rompí a llorar mientras él apretaba mis manos.

—Tranquila, vas bien, tranquila.

—En una revisión le detectaron que tenía un cáncer avanzado, necesitaba dinero urgente para el tratamiento, un dinero que era imposible que nos diera un banco, ni mucho menos conseguir de ninguna manera y yo estaba dispuesta a todo por conseguirlo.

—¿Robaste, mi vida? —Apretaba mis manos intentando calmarme y alentándome a que siguiera hablando.

—No, claro que no, pero fui a hablar con mi mejor amigo, uno que trabajaba en un sitio que... — Me puse las manos en la cara y rompí a llorar.

—No entiendo, sé que no te has podido prostituir porque en la carta me dijiste que no lo habías hecho con nadie —acariciaba mi barbilla y me hablaba llorando con una tristeza que me partía el alma.

—No puedo seguir, no puedo seguir —intenté levantarme, pero me frenó y me pegó a él, abrazándome con fuerza.

—Termina cariño, te voy a apoyar en todo, termina por favor —me decía entre sollozos apretándome fuerte contra él.

—Tus hijos, fueron el motivo para conseguir el dinero rápido —dije mirándolo a los ojos con un nudo en la garganta y sabiendo que ahora sí me había comprendido.

—Espera —tragó saliva—. Me estás diciendo que tú...

—Sí, yo, necesitaba el dinero para salvar a mi padre, me propuso eso y acepté. Nunca debí haber

sabido de vosotros, pero me ayudaron desde ahí, luego me dijeron que se habían enterado de la muerte de tu mujer y que buscabas niñera. Lo vi como la única forma de...

—Estar con tus hijos... —Se puso las manos en la cara y comenzó a llorar con fuerza y luego se pegó a mí y me abrazó con más fuerza aún— Eres la mamá biológica de mis hijos —decía llorando.

—Por eso sé tú secreto, sé que ella no era su madre, no podía tener hijos y contrataste un vientre de alquiler con tu esperma y fui yo, fui yo la que hice la gestación para tener el dinero que me dieron en ese momento para intentar salvar a mi padre —me puse de pie y me fui a la ventana a llorar, ya me había liberado de todo aquello.

—Cinnia, escúchame —se levantó y vino hacia mí agarrando mis hombros para que me girara.

—Ahora entiendes que no tenía derecho a ir a vuestras vidas, que lo hice como una canalla, yo acepté el trato, no quería quitarte a los niños ni decir jamás la verdad, pero saber que su madre murió y que tenía la oportunidad de estar un tiempo con ellos fue lo que me devolvió las ganas de vivir. No he querido nunca haceros daño y jamás debí acostarme contigo con esa mentira entre nosotros.

—Cinnia, abrázame muy fuerte, por favor, abrázame muy fuerte —me imploró llorando como un niño pequeño.

No me esperaba que me pidiera eso, pero lo abracé con todas mis fuerzas y estuvimos un buen rato llorando abrazados hasta que se echó para atrás, cogió mi cara entre sus manos y me dijo algo que no me esperaba.

—Hiciste por tu padre algo que muy pocas personas harían, luchaste por su vida aun dejándote la tuya cuando ni habías tenido relaciones y tuviste dos hijos de los que te tuviste que apartar siendo una cría. Perdiste a tu padre y, ¿piensas que voy a permitir que nuestros hijos se pierdan a la madre más luchadora y buena de este planeta? ¿En serio te piensas que te voy a odiar en vez de

amarte y valorarte más aún si pudiera? — Se acercó a mis labios sin pensarlo y comenzó a besarlos como nunca lo había hecho, con toda la fuerza y el cariño del mundo, como si fuera a lo único que se podía aferrar.

Nos fundimos en un abrazo mientras me zarandeaba para un lado y otro apretándome con todas sus fuerzas. ¿De verdad esto me estaba pasando a mí?

—Athol... ¿De verdad me perdonas?

—No tengo nada que perdonarte, eres lo más valiente y humano que he conocido y me alegro infinitamente de que hayas hecho todo lo que hiciste, desde lo de tu padre, que te honra más que a nada en el mundo, a aceptar el trabajo para estar al lado de ellos desde el silencio y el dolor. Ahora sé que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida y me da igual lo que digas, tú eres feliz allí con nosotros y mañana mismo volvemos de la mano a la *Highlands* y comenzamos el proceso para que un juez te reconozca como su madre, aportaremos las pruebas de *ADN* y lo justificaremos todo, pero esos niños te necesitan, yo te necesito y sentimos un amor muy fuerte el uno hacia el otro. No sabes qué alegría me da saber que eres tú esa persona que un día me dio la felicidad de ser padre.

Nos fundimos en un abrazo que duró una eternidad, no queríamos soltarnos el uno al otro. Después de un rato así, me dijo que me pusiera el abrigo que nos íbamos a comer por ahí, a pasear y a comprarles algo a los niños, que al día siguiente nos iríamos a nuestro hogar. Aquello me llegó al alma.

—Ahora entiendo lo de la marca de Betha, es la misma que la tuya —dijo mirándome a los ojos antes de salir.

—Sí —sonreí—. Es algo que han tenido muchas mujeres de mi familia, no sé bien por qué ni desde cuándo, pero ese pequeño corazón del omóplato lleva generaciones en el linaje de mi madre. No siempre pasa de madres a hijas, a veces es de abuelas a nietas, como en mi caso. Mi abuela la tenía, pero mi madre no. Lo único que sé... es que quienes nacen sin la marca no tienen una vida demasiado larga.

—Eso quiere decir que tú y nuestra hija al menos llegaréis a ser abuelas —comentó con una sonrisa y yo sentí las lágrimas brotar de nuevo.

Nuestra hija, había dicho esas dos palabras de una manera tan natural, que así lo sentí yo también. Betha era nuestra hija y Bean, nuestro hijo.

—¿Cómo no me di cuenta antes? Es igual que tú, Betha es prácticamente un clon tuyo.

—Y Bean tuyo —dije arqueando la ceja mientras él, me secaba las mejillas.

—Cierto, tenemos unos hijos de lo más guapos —contestó guiñando un ojo y con esa media sonrisa en los labios.

Salimos del hostel y me echó el brazo por el hombro, yo estaba en *shock*, no podía creer que su corazón fuera aún más noble de lo que ya imaginaba, que me pusiera las cosas tan fáciles y que siguiera queriéndome no como una opción, sino como la primera opción de su vida.

Comimos charlando relajadamente, se abrió en canal y me contó lo que había sufrido con su mujer, ella quería tener hijos por un capricho y luego pasaba de ellos, hasta le recriminaba que cualquier día ahí se quedaba con sus hijos, como dejándole entrever que a ella nada le uniría. Fue algo muy fuerte lo que aguantó Athol, a pesar de todo, la amó hasta el final.

Ahora entendía por qué los padres de Alis tampoco aceptaban a los niños, no los veían como sus nietos. Aquello fue una estrategia de ella, ya que descubrió que en caso de que no hubiera hijos en el matrimonio con Athol, ella no tendría derecho a la herencia, pero si a él le pasaba algo y había hijos reconocidos por ambos, ella se quedaría con todo. Fue puro egoísmo por parte de ella, fue muy duro escuchar aquello.

Paseamos un rato por el centro de Edimburgo y les compramos unos regalos a los niños. Athol me

abrazaba y besaba a cada momento, estaba que no me quería soltar ni un solo instante.

Luego compramos pizzas y las llevamos al hostel, hablamos con el chico para decir que dejábamos la habitación al día siguiente, nos dijo que perdería un día de lo pagado y Athol le dijo que eso no era problema.

Cenamos y luego nos duchamos juntos, entre besos y lágrimas de emoción, se le notaba la felicidad de saber que me llevaba de vuelta para Inverness, a mí me estaba regalando la vida. No podía sentir mayor felicidad en esos momentos que saber que iba a tener a mis hijos de verdad, sin mentiras y poder expresarme con ese amor tan grande que sentía hacia ellos.

Esa noche hicimos el amor, aquello no fue sexo, fue puro amor de dos personas que lo hacían mientras lloraban de felicidad, limpio por haber desnudado no solo nuestros cuerpos, sino nuestras almas.

Nos abrazamos al terminar y me dijo que no me preocupara por nada, sabía qué tenía que decirles a los niños, lo tenía claro y que ellos estarían encantados de tener a una madre de verdad y más siendo yo esa persona.

Esa noche sentí que todos mis miedos eran porque jamás había dado con una persona como Athol, con un hombre con un corazón lleno de caridad, con un amor dentro que era impresionante y que no tiraba a las personas por la borda, todo lo contrario, sabía cuidar de todo lo que amaba.

Esa noche lo sentí varias veces desvelarse y abrazarme, me besaba la frente una y otra vez. Sentí que todo lo mejor de mi vida comenzaba ahora, sin miedos, sin explicaciones, sin mentiras, con la verdad sobre la mesa. Gracias a un hombre valiente como él, que dejó todo para venir a buscarme, para enfrentarse a todo, para no permitir que sin justificación la mujer que amaba lo tirara todo por la borda y es que él era así, todo corazón, la mejor casualidad de mi vida, la persona capaz de calmar mis miedos...

Por la mañana nos abrazamos, lo volvimos a hacer entre besos y abrazos antes de partir de vuelta

al hogar donde estaba mi familia, mis hijos, esos que amaba con todas mis fuerzas, esos que iba a cuidar tanto como a Athol, sin miedo a nada, ya no me daba nada miedo, todo lo contrario, tenía las fuerzas suficientes para luchar por ellos como lo hice un día por mi padre y es que si algo aprendí en la vida fue a amar a los míos por encima de todo.

Capítulo 13

El camino de vuelta fue muy bonito, Athol iba acariciando mi mano, la cogía de vez en cuando y se la llevaba a los labios para besarla, me miraba de vez en cuando rápidamente y me hacía algún guiño de ojo.

—Eres una guerrera —decía besando mi mano mientras conducía.

—No soy una guerra, soy una desequilibrada —reí con tristeza.

—No digas eso.

—Fue una locura, todo, tuve que ocultar el embarazo mucho tiempo, pagar con el dinero que me dieron de más a una chica para cuidar a mi padre, que no me viera la barriga y yo me fui a casa de una amiga que ahora está en Francia.

—Y, ¿cuándo nacieron?

—Lloré como si me arrancaran la vida, pedí que me los pusieran en el pecho, los abracé y ya se los llevaron. Durante el embarazo yo les hablaba y les decía que al menos iban a ir con una familia con una economía estable y tal, yo misma me tenía que convencer de todo, se me pasaba por la cabeza hacer muchas locuras —suspiré.

—Y solo tenías veintidós años, soltera, sin hacer el amor y teniendo dos hijos de los que te tuviste que separar —negaba con tristeza apretando mi mano.

—Fue duro —sonreí y comencé a llorar.

Athol paró el coche a un lado y me abrazó.

—No llores, mi vida, no llores, ya nos tienes a nosotros, yo te voy a cuidar hasta dejarme la vida. No llores por favor que me partes el alma.

—Tengo mucho miedo, mucho miedo.

—Pero, ¿a qué? Estás conmigo, mi vida.

—A que los niños, al enterarse, me rechacen —lloraba desconsolada.

—¡No! Los niños se van a volver locos de contentos, confía en mí que sé cómo se lo contaré.

—Gracias, Athol, no sé cómo agradecerte todo.

—Estando en nuestras vidas.

—Los cuidaré con toda mi alma, pero el tiempo que están en la escuela buscaré un trabajo en Inverness para ayudar en la casa.

—¿De verdad me estás diciendo eso? ¿En serio? —negó riendo—. Tengo un trabajo donde gano un salario que muchos desearían y una herencia de mis padres con la que no tendría ni que trabajar, lo que pasa que amo mi profesión. ¿Te piensas que voy a permitir que tú trabajes? Cuida a nuestros hijos, es lo único que me hace feliz y disfruta de ellos, es lo que te mereces.

No era bueno, era un santo directamente, un hombre bondadoso, humilde, lleno de amor, lleno de todo lo que le falta a mucha gente para vivir en un mundo mejor.

Llegamos a Inverness y el cuerpo me temblaba, estaba muy nerviosa, los niños estaban en el colegio y Dallis salió a recibirnos, todos allí sabían que mentí para irme, pero no lo que había pasado.

—Dallis, por favor, diles a todos que estén en la cocina en media hora.

—Vale —respondió acariciando mi espalda dándome la bienvenida de nuevo.

Me quedé un poco sobrecogida, sabía que iba a hablar con ellos.

Athol sacó mi equipaje y lo ayudé, me llevó directamente hacia arriba, a su habitación.

—¿Ya no duermo abajo? —pregunté entrecortada.

—Por supuesto que no —me pegó a él y me abrazó—. Siempre estarás a mi lado, ya eres mi vida.

—Joder, me vas a tener llorando todo el día —reí abrazándole fuerte.

—Ahora coloca todo lo tuyo y bajamos a hablar con ellos, les contaré la verdad de quién eres y lo que significas para mí.

—Me da vergüenza...

—¿Vergüenza? No digas eso, no te tiene que dar vergüenza nada —acariciaba mi rostro y me besaba con ese cariño que solo él sabía darme.

Coloqué las cosas en el armario y otras en un lado del baño, él se puso a encender la chimenea para que fuera calentando aquel gran habitáculo, luego bajamos y yo iba temblando, parecía que

me iba a desmayar.

En la cocina ya estaban Dallis, Colina, Cailen y Bors, todos menos los niños.

Colina vino hacia mí y me dio un abrazo, no me lo esperaba.

—Me alegra tenerte de vuelta —me hizo un guiño y puso un té en mis manos.

—Bueno, tengo que hablar con vosotros de algo muy delicado —dijo Athol—. Ya sabéis que sois mi familia y que no hay secretos entre nosotros.

—Me estoy poniendo nerviosa —dijo Dallis, ocasionándonos una sonrisa.

—Tranquilos. Como ya sabéis Alis no era la madre biológica de los niños pues lo vivisteis, eran de un vientre de alquiler.

—Me alegro de que se lo hayas contado —dijo Colina a Athol, mientras me miraba.

—La historia es muy larga, pero os la resumo...

—Mejor —respondió Bors a modo de intriga.

—A partir de ahora Cinnia vivirá en mi habitación, bueno, en la casa, pero estará arriba conmigo.

—En vuestros ojos se veía el amor —dijo sonriendo Colina—. Y ella quiere mucho a los niños.

—Más de lo que imagináis, por eso vino a trabajar, ella estaba al tanto de todo, para salvar a su padre tuvo que prestarse a ser vientre de alquiler. Cinnia es la madre biológica de los niños.

—¿¿¿Qué??? —preguntó Dallis, poniéndose las manos en la boca, mientras los demás tenían una cara de asombro, impresionante.

—Ella me lo ha contado todo, ya lo hemos hablado, ha sido una luchadora y vamos a pedirle al juez con las pruebas de *ADN*, que la reconozca como su madre.

Miré a Colina y Dallis que lloraban emocionadas y ya terminó Athol de contar la historia. Todos me abrazaron, uno por uno, dándome la bienvenida y diciendo que se alegraban enormemente de que así hubiera sucedido, mostraron con sinceridad su apoyo.

Comimos todos juntos en la cocina y tuvieron palabras muy bonitas para mí, me hicieron llorar en más de un momento, ahora tocaba la parte más fuerte y no era otra que hablar con los niños cuando llegaran.

Subimos a la habitación, faltaban dos horas para que llegaran y Athol había avisado para que los hicieran subir en cuanto lo llegaran.

Entramos por la puerta y nos fundimos en un abrazo, no tardó en comenzar a desnudarme con ese cariño que él sabía hacerlo, besando mi cuello, mis labios, con esa mirada que me transmitía ese amor inmenso que había entre nosotros.

Me cogió en brazos y me sentó sobre el filo de la mesa de madera, me encantaba cómo ese hombre sabía manejarme, tocarme, me gustaba más de lo que él podía imaginar.

Se comenzó a desnudar y mirándome con esa media sonrisa y sus ojos iluminados, se me hizo hasta un nudo en la garganta y me eché a llorar.

—¡Ey! Si no quieres no hacemos nada, cariño.

—Sí, por supuesto, claro que quiero, pero es que he pasado tanto que te juro que no me creo tenerlo todo a tu lado.

—Pues créetelo, mi vida, créetelo —cogió mi cara con ese amor que solo él desprendía y me besó.

Lo hicimos con mucho amor, mirándonos a los ojos y sabiendo que todo comenzaba a cambiar en nuestras vidas, era tan bonito todo, que pensé que algo pasaría, no podía ser cierto.

Luego nos vestimos e hicimos un café, un rato después los peques aporreaban la puerta y abrí yo, al verme se tiraron a mis brazos gritando mi nombre, emocionados, felices.

—¿Te vas a quedar ya para siempre? —me preguntó Betha sonriente.

—Venid para acá, enanos —Athol hizo un gesto para que se sentaran en el sofá, frente a nosotros, donde les había puesto leche con galletas a cada uno—. Tenemos que hablar con vosotros.

Yo tragué saliva, los niños se sentaron sonrientes.

—Eso suena a bronca —soltó Bean, causándonos una carcajada.

—No, no es a bronca, hoy vamos a tener la fiesta en paz —dijo Athol riendo.

—Pues suelta, aquí estamos esperando —contestó Betha toda graciosa.

—A ver, sabéis que cuando erais pequeños, Alis, la que era entonces vuestra mamá, murió, ¿verdad?

—Bueno, pero ella no jugaba con nosotros, de eso me acuerdo un poco —soltó Betha, sin cortarse

un pelo.

—Lo sé, pero escuchadme —rio Athol, provocando una risa en mí.

—Alis tuvo que hacer de mamá porque la vuestra en aquel entonces estaba cuidando de su papá que estaba enfermo.

—Me he perdido —dijo Betha, causándome una risa y yo estaba asombrada por cómo se lo había soltado Athol.

—Alis era una mamá circunstancial, por un tiempo, pero tenéis una verdadera mamá que os quiere mucho.

—Pues hay un problema entonces —dijo Bean, poniéndose las manos a cada lado y Betha lo miró riendo.

—A ver... —contestó su padre volteando los ojos.

—Nosotros queremos a Cinnia de mamá y otra más no cabe en casa —por poco me da algo cuando dijo eso y más ver a Betha, afirmando con la cabeza riéndose.

—Ella es vuestra mamá y por eso vino a cuidaros.

—Pero, ¿nuestra mamá de verdad? —preguntó la pequeña asombrada poniéndose la mano en el pecho y Bean abriendo la boca, incrédulo.

—Ella es quién os llevó en su barriguita y os quiere con toda su alma.

—Entonces, ¿la podemos llamar mamá? —preguntó Bean y Betha se rio.

—Claro, es vuestra madre. ¿Hay algo más bonito que llamarla mamá?

—Es nuestra mamá... —dijo la pequeña incrédula, mirando al hermano que no daba crédito.

—Entonces no te puedes ir nunca más, ¿no? —dijo Bean.

—No cariño, no se irá jamás —respondió Athol, mirándolos emocionados.

La pequeña se levantó y se vino hacia mí a darme un abrazo, rompí a llorar y me preguntó que, si era de felicidad, le contesté que sí, luego lo hizo el pequeño. Aquello para mí fue la paz que necesitaba para completar esa felicidad que me había pasado desde el día anterior.

Esa noche cenamos pizza que pidió que trajeran a la finca y durmieron con nosotros en medio de la cama, fue lo más bonito que me había pasado en la vida, los cuatro en plan familia y juntos. Aquella historia que era algo más que triste, se estaba convirtiendo en un camino hacia la felicidad donde la unión sería parte de nuestras vidas.

Capítulo 14

Habían transcurrido tres meses y medio desde que llegué a las *Highlands*, era la víspera de Navidad.

Athol y yo escuchamos desde arriba a los niños correteando por la casa y nos echamos a reír.

—Madre mía las horas que nos esperan —decía poniendo su pierna sobre mí y abrazándome.

—Señor de la poca paciencia, es un día muy especial para ellos —reí.

—Yo solo quiero estar así —se ahuecó en mi cuello.

—Eres un oso amoroso —reí resoplando.

—Tu oso, no se te olvide —mordisqueó el lóbulo de mi oreja.

—No empieces que te veo venir, llevas más de tres meses sin dejarlo de hacer cada día.

—Es que me provoca tu cuerpo —carraspeó.

—Athol... —dije cuando ya tenía sus dedos por debajo de mi braguita y entrando hacia mi vagina.

—Déjame, tengo que comprobar que todo está bien.

—Sí, ya... —reí negando y solté un jadeo de placer.

—Esto me está llamando a gritos —se metió debajo de las sábanas, se puso entre mis piernas y comenzó a bajar lo que le estorbaba.

—Athol, yo a ti te mato, los niños nos esperan.

—Tranquila que de la casa no salen, ya sabes que Dallis está con ellos —comenzó a lamer mi zona a la vez que introducía sus dedos.

Me agarré a las sábanas, eché mi cabeza hacia atrás y comencé a gemir de placer, sabía excitarme de una manera asombrosa y disfrutaba de eso que hacía con tantas ganas.

Y una vez más hicimos el amor, ese que nos unía volviéndonos uno y que nos hacía sentir que todo era posible cuando el corazón mandaba.

Bajamos a desayunar y los niños estaban de lo más nerviosos pues por la noche Santa Claus, les dejaría todos esos regalos que habían pedido y que, además, nos desvivimos por encontrar cada uno de ellos y muchos más.

El día fue precioso, Colina estuvo preparando todo el tiempo pasteles y platos para la cena, lo pasaríamos todos juntos en el salón. No había mayor felicidad que comprobar que todo estaba marchando sobre ruedas y que mi vida estaba donde tenía que estar, con mi familia en las *Highlands*, esa familia que no elegí, que tuve que escoger por darlo todo por mi padre, pero que luego se convirtieron en todo aquello que ni en mis mejores sueños soñé.

Athol y yo fuimos a comprar unos últimos detalles para el día siguiente de Navidad. Los niños se quedaron en la casa, hacía un frío aterrador y además no queríamos que vieran algunas de las últimas cosas que íbamos a coger, teníamos ya todo escondido en una de las habitaciones.

Cada vez que salíamos terminábamos liándola, siempre quería que me comprara algunas prendas,

caprichos, pero yo no era nada derrochona. Me dio una tarjeta del banco que apenas usaba, total, la compra la hacía Colina que se la encargaba toda a Cailen, yo eso de irme a comprar ropa, como que no, pero con lo cabezón que era Athol, cuando salíamos juntos, siempre me obligaba a comprar algo.

Yo no necesitaba nada, lo tenía todo, comprar por comprar no me gustaba, eso sí, para los niños todo me parecía poco.

Esa noche la cena fue divertida, todos bebimos, brindamos y los peques estaban de lo más nerviosos, así que a las doce de la noche los metimos en la cama, les contamos un cuento y se quedaron dormidos.

Athol y yo aprovechamos para poner todos los regalos en el salón, había para todos los de la casa, pero lo de los niños eran la mayor parte. Esos enanos iban a alucinar cuando lo vieran.

Subimos a nuestra buhardilla a tomarnos en el sofá una última copa. Athol se puso con una rodilla en el suelo y agarró mi mano.

—¿Qué haces? —pregunté incrédula.

—Calla, pesada —se rio—. Déjame, que quiero pedirte que te cases conmigo.

—¡Athol! —reí nerviosa.

—Quiero ser tu *Sugar Daddy* para toda la vida —sacó un precioso anillo de su mano causándome una carcajada por lo de “*Sugar Daddy*” Era tremendo.

—¿En serio quieres que nos casemos? —pregunté emocionada.

—Quiero que si me pasa algo tengas el control de todo.

—Ni se te ocurra, a mí me tienes que durar cincuenta años más por lo menos, a los cien tienes que llegar —reí.

—¿Entonces?

—Sí quiero, mi vida, claro que quiero.

Me puso esa preciosa sortija y luego me entregó un sobre.

Lloré al verlo, era el reconocimiento judicial de los niños con mi apellido. Aquello era el mejor regalo que me podía hacer la vida.

Esa noche dormí con la felicidad completa en mi vida, emocionada, abrazando a Athol con todas mis fuerzas, mi futuro marido...

Por la mañana nos despertamos con el revuelo de los niños queriéndonos tirar la puerta abajo para ir con ellos a descubrir los regalos, nos reímos un montón.

Fuimos al salón y la cara de ellos era puro asombro, abrían los paquetes a la velocidad de la luz.

Dimos cada regalo a los demás de la casa y entre todos nos dieron un regalo a cada uno. A mí una preciosa cadena de oro con un colgante con la cara de mis hijos, me emocioné un montón y se lo agradecí en el alma.

Desayunamos con los niños que estaban como locos con los regalos y seguían abriendo paquetes, los demás se fueron y nos dejaron en ese momento familiar hasta la hora de la comida, en la que lo haríamos de nuevo todos juntos.

Estaban siendo unas Navidades que jamás imaginé, con mi propia familia, creada desde el surrealismo de las circunstancias y reconducida por el amor que nos profesábamos los unos a los otros, y es que eran lo mejor que me habían podido pasar en la vida.

Mi amor, mis niños y cada empleado, todos eran una parte importante para mí...

Epílogo

Habían pasado cinco años desde el día que volví a casa con Athol, cuando me encontré en Edimburgo.

Cinco años en los que la felicidad había ido aumentando a diario y en los que nos habíamos convertido en una familia legal y completa.

Tal como dijo Athol, se encargó de mover todo para que me reconocieran como la madre biológica de los mellizos, nos hicieron pruebas de *ADN* y lo conseguimos.

El día que les contamos a los niños que yo era su madre, lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Con ese carácter tan suyo y la manera de hablar, nos tuvieron a Athol y a mí todo el tiempo riendo, y reconozco que cuando Bean, en su papel de hijo mayor, aseguró que me quería a mí como madre y no admitiría a otra mujer en la casa, hizo que me embargara una emoción como nunca antes había sentido y mucho más al ver a mi niña apoyando la petición de su hermano.

Apenas unos meses después, en nuestras primeras Navidades todos juntos, Athol me pidió matrimonio y acepté, por supuesto que lo hice, amaba a ese hombre con toda mi alma y no quería separarme de él, y mucho menos de mis hijos.

Lo preparamos todo durante meses, quería casarme en verano y que pudiéramos celebrarlo en esa parte de los jardines donde estaba la barbacoa.

Iba a ser una ceremonia de lo más íntima, tan solo nosotros cuatro y los que vivían en la casa.

Escogí un vestido veraniego sencillo pero precioso, la falda era de gasa muy volátil y el corpiño de encaje, con tirantes súper fino y escote con forma de corazón.

Me dejé el cabello suelto, creando unas bonitas hondas y adornado con una corona de flores blancas que le pedí a Colina que me hiciera con las que teníamos en el jardín, y con esas mismas me prepararon el ramo.

Betha iba como yo, con un vestido largo blanco y vaporoso y la corona de flores.

Athol y Bean se pusieron el *kilt* como mandaba la tradición, en color azul y negro, con camisa blanca y chaqueta azul. Cailen y Bors también lo llevaban, en su caso, en color rojo y negro.

Era el día más feliz de mi vida, bueno, el segundo, no, el tercero. No podía anteponer mi boda al nacimiento de mis hijos y mucho menos al día que ellos supieron que era su madre y mi felicidad fue completa.

Pero ese día me faltaban mis padres, a ella la perdí demasiado pronto y a él le cuidé durante tanto tiempo, que me habría gustado que estuviera conmigo.

Fue Cailen quien me llevó del brazo hasta donde me esperaba Athol, mientras mi pequeña Betha nos precedía dejando caer pétalos de rosas por el camino que habían preparado desde la casa.

Sonreí al ver a Bean llevarse las manos a la boca al verme, sorprendido, y después mirar a su padre y decirle que estaba muy guapo.

—Pareces un hada del bosque, mamá —me dijo mi niño cuando llegué junto a ellos.

El párroco que bautizó a los niños accedió a casarnos allí, en la más absoluta intimidad, con las personas que considerábamos familia y también se quedó a compartir ese día con nosotros.

Colina se encargó de preparar la comida, hizo unos entrantes con queso y empanadas caseras, asó carne acompañada de verduras y nos hizo una deliciosa tarta de nata rellena de chocolate, el dulce que tanto les gustaba a mis niños, y obviamente a mí.

Comimos, reímos, bailamos y disfrutamos de un gran día.

Los niños se lo pasaron pipa correteando por el parque seguidos de Bors, quien era igual de niñoero que el resto de nosotros, pero les seguía el ritmo mucho mejor que ninguno.

Ellos se escondían mientras él contaba y cuando los encontraba cargaba con ellos colocándolos con la tripita apoyada en su cabeza sujetándoles por la cintura y ellos extendían los brazos como si estuvieran volando.

Acabamos el día y ya, convertidos en marido y mujer, Athol y yo nos subimos a la que era nuestra habitación desde hacía meses, mientras Colina y Dallis se encargaban de los niños.

Allí nos amamos una vez más, afianzando así nuestra unión para el resto de nuestras vidas.

Él seguía pensando que algún día lo dejaría por eso de la edad, pero yo insistía en que estaba hecho todo un jovencito.

—Tengo un regalo para ti —le dije mientras me abrazaba y besaba la frente.

—¿Un regalo? —preguntó.

—Sí.

—Preciosa, no sabía que ibas a comprarme algo y yo... Joder, hace tanto de la primera vez que me casé, que no me acordaba de los regalos. Mañana vamos a compartir lo que quieras, te lo prometo.

—Calla, anda, que hablas antes de tiempo.

Me levanté, desnuda y sin vergüenza porque eso ya después de tanto tiempo juntos era impensable, fui a ese lugar en el que había guardado su regalo desde hacía dos semanas para que no lo viera.

Y lo mío me costó porque hasta que di con el rincón adecuado, tela.

Regresé con una caja en la mano, me senté con las piernas cruzadas delante de él y se la entregué.

Estaba nerviosa, y mucho, porque, aunque sabía que era un regalo que seguramente iba a hacerle

mucha ilusión, tenía un poquito de miedo por si no era el momento adecuado para ello.

Me miró, me dio un beso antes de abrirla y empezó a deshacer el nudo del lazo con mucho cuidado.

Cuando quitó la tapa y vi que la dejaba sobre la cama despacio, como a cámara lenta, tragué intentando bajar el nudo que tenía en la garganta.

Se quedó quieto, con la mirada fija en esa caja, sin hacer el más mínimo movimiento, ni tan siquiera un ruido. Me asusté porque no le vi ni pestañear, ni casi respirar.

Le pasé la mano por delante de los ojos y fue cuando reaccionó, pestañeando varias veces y vi que le caían algunas lágrimas.

—¿Voy a ser padre otra vez? —preguntó mirándome y yo asentí sonriendo y llorando igual que él

— Voy a ser padre... —murmuró.

Dejó la caja con la ecografía a un lado, me cogió por la cintura y me sentó a horcajadas en su regazo, besándome mientras las lágrimas nos cubrían el rostro.

—Espero que no vengan otros dos, porque me empezarán a salir canas —dijo sonriendo.

—No, hombre, ¿no ves que solo es uno? Por eso me hice la ecografía, para poder darte la sorpresa esta noche y que no te diera un infarto, que solo me faltaba quedar viuda joven y la noche de bodas.

—Menudo polvo, pensarían mis colegas de profesión que me habías echado —soltó haciéndome reír y siguiéndome él, con una sonora carcajada.

Los meses siguientes fueron todo mimos y cuidados, incluso los niños dejaron de ser tan diablillos y no peleaban tan a menudo, pero siguieron haciéndolo que ya se sabe que cuando uno empieza a hacer travesuras nunca deja de hacerlas.

El bebé nos había salido tímido o tímida, pues no quiso que supiéramos si era niño o niña, así que compramos cositas en blanco, amarillo, verde, azul y naranja, todo en tonos pastel y la habitación la decoramos con un bonito bosque y animalitos pintados en las paredes.

Cuando nació y nos dijeron que era un niño, fue Athol quien eligió el nombre.

—Dave, se llamará Dave, como su abuelo —lloré al escuchar el nombre de mi padre, miré la carita de mi niño y sonreí.

—Bienvenido a la familia, Dave —le besé la frente y Athol besó la mía.

—Fue por tu padre que nuestros caminos se cruzaron una vez, gracias a él, está este pequeñín hoy con nosotros.

Por si no había llorado suficiente durante todos esos años, ahora mi marido me hacía llorar más aún.

Recordaba a mi padre cada día, no había uno solo que no me vinieran a la mente esos momentos que pasamos juntos cuando era pequeña, ni las horas tan duras que vivimos por su enfermedad.

Con el paso del tiempo vimos que Dave era una mezcla de ambos, tenía el cabello rubio como Athol y los ojos verdes como yo, además, había heredado el carácter de sus hermanos, con el temperamento rebelde y alocado de Bean y la serenidad de Betha. Eso era raro, sí, pero ese niño conseguía que sus hermanos mayores se calmaran de una manera increíble.

Nuestros mellizos ya tenían diez años y Dave dos. Ver a mis tres hijos corretear por el parque de la casa, jugando y los mellizos dejando que el pequeño les pillara, era lo mejor de mis días.

Athol ya tenía cincuenta años y lucía alguna que otra casa salteada en el pelo, pero al ser rubio casi no se apreciaban.

Cailen, a sus cincuenta y tres, seguía siendo el hombre de confianza de mi marido y cuidando de mis niños como siempre.

En estos años nunca le conocí una novia, o una futura esposa, y sabía que no habría más mujer en su vida que aquella a quien tanto quiso y dejó libre.

Bors se había casado con una chica de Inverness con la que había tenido una preciosa niña pelirroja hacía un año a la que llamaron Kirsty, que era la muñequita de nuestra casa, y es que les ofrecimos quedarse a vivir con nosotros cuando se casaron y su mujer, Lainie, ayudaba a Colina en la cocina, que, aunque siguiera estando como una rosa queríamos que no se encargara sola de todo.

Dallis era como Cailen, un alma libre. Había tenido alguna que otra aventurilla en esos años, pero no se ató a nadie. No quería una familia, ni matrimonio ni nada, ella decía que era feliz siendo la tía postiza de mis hijos y de la de Bors, lo que venía siendo que les daba galletas a escondidas.

Estaba sentada en el sofá, leyendo y noté que la pequeña *Sky* se arrimaba a mis piernas.

—Hola, preciosa —cogí a la gatita en brazos y la senté en mi regazo, el lugar que más le gustaba sin ninguna duda.

Sky apenas llevaba en la familia seis meses, la encontraron los niños un día que jugaban en el parque, era tan pequeñita y blanca, que realmente fue un milagro que la vieran entre tanta nieve.

Buscamos a su madre, pero no la encontramos, pensamos que tal vez la habría dejado en otro sitio y al regresar no la encontró.

La pobrecita maullaba casi sin fuerzas, tiritando por el frío e imaginamos que también tendría hambre.

Me metí esa pequeña bola de pelo blanco y ojos azules en el abrigo, acurrucándola en mi pecho y entramos los niños y yo a la casa donde le pedí a Colina que calentara leche.

Nos sentamos frente a la chimenea, saqué a la gatita y allí nos quedamos todos mientras ella entraba en calor. Le dimos la leche en uno de los biberones de Kirsty y la pobrecita se agarraba a él para poder beber.

Cuando Athol llegó a casa y nos vio a todos en la chimenea y riendo, se acercó y al ver a la pequeña me miró arqueando una ceja.

—Estaba sola en la nieve, papá —le dijo Betha.

Mi marido se sentó con nosotros, cogió a la gatita en brazos y ella maulló un poquito hasta que debió ver algo en los ojos de Athol que la hizo callarse y acomodarse en su mano, mucho más grande del tamaño que ella tenía.

—Le gusta nuestra casa —dijo Bean, y Athol sonrió.

—¿Tiene nombre? —preguntó él.

—Aún no, como no sabíamos si nos la podíamos quedar... —contestó Betha.

—Tiene los ojos azules como el cielo —dije, mirando a mis niños y ellos sonrieron.

—¿Y si la llamáis *Sky*? —les dijo Athol, y ellos asintieron.

Miré a la gatita y se había quedado dormida, como solía hacer. Betha entró en ese momento con Kirsty de la mano, se sentaron conmigo en el sofá y la pequeña empezó a acariciar a la peludita que se despertó y fue a las piernas de la niña.

Anda que no le gustaba que la acariciaran.

—Mamá, ¿iremos este fin de semana a comer hamburguesas? —me preguntó mi hija.

Y es que había cosas que no cambiaban, ni cambiarían, por mucho tiempo que pasara. Como el ir algún sábado a comernos una de esas hamburguesas que tanto les gustaban a ellos, y a mí también.

—Veremos qué dice papá, creo que quería quedarse en casa y hacer uno de los campamentos en la buhardilla.

Sí, esos campamentos eran toda una tradición, hasta el punto de que las últimas veces había montado una tienda de campaña, que no era otra cosa que un par de colchones grandes en el suelo, cubiertos de mantas y cojines, que tapaba con sábanas de invierno a modo de cortina y que había comprado exclusivamente para eso.

Algunas veces no sabía quién era más niño, si él o nuestros hijos, pero no cambiaría su manera de ser por nada del mundo.

Recuerdo que el día que me pidió matrimonio dijo que quería ser mi *Sugar Daddy* siempre, y es que con la gracieta de aquella camarera que confundió a Athol con mi padre, pues fueron muchas las veces que yo le llamé así.

Y hablando del rey de Roma... Ahí llegó mi flamante marido de un nuevo día de trabajo.

—¿Cómo están mis chicas? —preguntó dándome un beso en los labios y a Betha uno en la frente
— Pero, ¡mira a quién tenemos aquí! La muñequita pelirroja más bonita de toda la casa.

Athol adoraba a nuestros hijos, los quería con locura, sentía devoción por Betha y un vínculo inmenso con Bean y Dave, pero por la pequeña Kirsty, a pesar de no ser nuestra hija, era un amor increíble el que tenía.

No era de nuestra sangre, pero la considerábamos familia ya que tanto Bors como Lainie, se habían quedado solos hacía tanto tiempo que al encontrarse y venir con nosotros habíamos adquirido el papel de tíos de esa niña. Además, fuimos sus padrinos, cosa que nos unía muchísimo

a la pequeña de la casa.

Le encantaban los niños, igual que a mí, y habríamos llenado nuestra casa de ellos, pero éramos felices con nuestros tres hijos.

—Papá, ¿podremos ir a comer hamburguesas el sábado? —le preguntó Betha.

—El próximo, y no te enfades princesa, que tengo un buen motivo. El viernes es el aniversario de bodas de Bors y Lainie y quiero que se vayan unos días solos, sin la niña. Apenas tuvieron luna de miel cuando se casaron y les voy a regalar un viaje a Italia. Ella siempre dice que le gustaría ver la ciudad de donde era su madre.

Miré a Athol y supe que no había mejor hombre que él para ser el padre de nuestros pequeños. Les estaba inculcando unos valores sobre la familia y la amistad, que me tenían enamorada.

—Pero puedo ir a por las hamburguesas para que nos las cenemos en casa, ¿qué te parece? —le preguntó.

—Vale, guay. Vamos Kirsty, a merendar —Betha cogió a la niña de la mano y fueron juntas hacia la cocina.

La niña era pequeña y apenas daba unos pasitos, pero mi hija tenía mucha paciencia y la llevaba donde quería. *Sky* se fue con ellas, y es que esa bola blanca bien sabía que donde fueran las niñas podría haber comida y a ella tocarle algo.

—¿Qué tal está hoy mi esposa? —preguntó sentándose en el sofá y cogiéndome por la cintura para llevarme a su regazo.

—Muy bien. ¿Y mi esposo?

—Cansado, he perdido un paciente —Athol cerró los ojos, recostó la cabeza en el respaldo del sofá y dejó salir el aire.

—Lo siento mucho, cariño. ¿Era mayor, o...?

—Veintidós años, un crío todavía. No he podido hacer nada.

—No te martirices por eso, siempre intentas que salga todo bien y muchas veces lo logras.

—Lo sé, pero cuando se me va alguien, cuando muere en mis manos... Es una mierda —me abrazó, hundió el rostro en mi pecho y yo le acaricié la espalda mientras le daba besos en la cabeza.

—Vamos, arriba caballero que vamos a prepararle un baño.

Athol me miró, sonrió y me besó antes de ponerse en pie sin soltarme. Subió conmigo en brazos hasta nuestra habitación, me dejó en el cuarto de baño y mientras se desnudaba yo preparé el baño.

Ni dos segundos tardó en entrar y quitarme la ropa para meterme en el agua con él.

Esos momentos me hacían recordar aquel primer baño que compartimos durante el fin de semana que me recibió en el rincón que utilizaba para relajarse en la casa, abriendo la puerta como si fuera el mayordomo. Reía aún al pensar en ello.

Habían sido muchos los baños que Athol y yo compartimos desde entonces, unas veces porque él lo necesitaba, otras porque me hacían falta a mí, pero siempre pensando en que lo importante era calmar el estado de ánimo, relajar los músculos y que disfrutáramos de un momento de paz y silencio.

Yo estaba apoyada en la bañera con Athol sentado entre mis piernas, le masajaba la espalda y él me acariciaba las piernas, pero como ocurría en alguna que otra ocasión, sus manos fueron un poco más allá y...

Y el amor, ese que todo lo puede y por el que vale la pena enfrentarse a un secreto que temes desvelar, era el acompañante perfecto entre esas cuatro paredes donde tan solo éramos Athol y Cinnia, dos personas enamoradas a quienes el destino quiso cruzar tantos años atrás.